9.

LA

GOTA DE AGUA

POR

ÁNGELA GRASSI

OBRA PREMIADA POR ACLAMACION

EN EL CONCURSO ABIERTO PARA OPTAR AL PREMIO

RODRIGUEZ CAO

ADJUDICADO EN EL PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL
EL DIA 18 DE ABRIL DE 1875

MADRID:
TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA, C.ª
Dr. Fourquet (ántes Hiedra), 7.

1875

BREVE MEMORIA

LEIDA

EN EL SOLEMNE ACTO DE ADJUDICARSE ESTE PREMIO

EN EL PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD

POR

D. M. DE RIVERA Y DELGADO

I.

Señor: Piadosa costumbre es la de honrar los muertos y meritorio empeño el de fomentar las letras, laudable intento la aspiracion á distinciones justas y grata sensacion el reconocerlas y proclamarlas.

Esto abraza en conjunto la solemnidad del dia, última demostracion al presente de tierna y sentida memoria á la muerte de Rodriguez Cao, primera en el porvenir de las que cón igual motivo habrán de celebrarse.

Así vive entre nosotros el niño que nos deleitaba con las bellas producciones de su ingenio; así cultivamos la semilla de aquella planta arrancada apénas mostró sus regalados frutos.

Para expresar la pena que causó su muerte, los poetas españoles tejieron su corona fúnebre; para propagar sus obras se hizo una completa edicion de ellas; para honrar sus restos se ha levantado un monumento sencillo pero de exquisito gusto; para perpetuar su recuerdo se ha fundade un premio anual; para adjudicarlo solemnemente os congregais en este templo de la enseñanza y dedicais con la asistencia á esta solemnidad vuestra atencion y ánimo. De

este modo, en el paraninfo universitario como en el celestial, celebramos gozosos la excelencia de una obra, el premio de un mérito y la gloria de un niño. ¡Dios, que envia su bendicion á los que se reunen para practicar el bien, la envie á vosotros que para tan buen fin estais aquí congregados!

Él me la envie para deciros en breves modos el orígen de esta solemnidad.

II.

Versado el niño Rodriguez en los conocimientos generales de las ciencias, docto en las letras humanas, inspirado en las verdades divinas, con una inteligencia precocísima, gran amor al trabajo y gran arranque de ingenio, esta criatura maravillosa aprendió y enseñó, leyó y escribió tanto, que no tengo noticia de otros mejor empleados quince años primeros de la vida.

Dramático aplaudido, entendido humanista, crítico perspicaz, periodista hábil, poeta lírico y épico, todas estas peregrinas dotes se descubren en él, en todos estos géneros se ensayaba, y si no modelos, destellos son sus obras de una inteligencia gigante, que hubiera sido una legítima gloria de la literatura española. Se aplaudia cuando recitaba este niño, y era maravilla verle improvisar al punto; mirábanle con sorpresa sus compañeros de juegos infantiles porque de repente se trasformaba con gravedad increible y huia de los juegos; orgullo de sus adelantos mostraban los maestros, y maravillados quedaban los profesores del rapidísimo vuelo de aquella singular inteligencia.

La sociedad de Madrid, noticiosa de este portento, dudaba de él, porque es condicion humana dudar de los portentos y maravillas si no se ven con propios ojos; pero pronto aquella voz vigorosa, aquella entonacion varonil, su gran presencia de ánimo y la noble altivez de su semblante ponian á las claras el prodigio.

Pequeño espacio era para el águila de su entendimiento la reunion literaria ó el salon privado; concibe una obra, la escribe y se ejecuta en un teatro público, con asistencia de la corte, que fué de intento. Viéronse entónces palomas sobre su cabeza, coronas á sus piés, salvas á sus oidos, y el príncipe de Astúrias (hoy la Majestad de Alfonso XII) llamando al régio palco al autor de la obra aplaudida; ¡á un niño de once años!

¿Y qué de extraño este aplauso en la escena, si á esa edad la prensa nacional se mostraba llena de admiracion, y habia publicado unas octavas que la *Revista Británica* ¡oh asombro! creia dignas del Tasso?

. . . .

Esta inteligencia se apagó á los quince años de edad. Dios, que la envió entre nósotros, de nosotros la separó. ¡Sea el nombre de Dios bendito!

Apénas muerto, dirigieron la mayor parte de los literatos que habitaban la corte una circular á los de provincias invitándoles para la formacion de una corona fúnebre, y la muerte del malogrado vate fué llorada en sentidos versos.

Publicáronse sus obras distribuidas en cuatro volúmenes, y formóse una Comision, presidida por el Sr. Hartzenbusch, para estudiar el modelo de monumento que se pensaba edificar á su memoria, acogiéndose el bellísimo del Sr. Villajos, que fué realizado, dirigiendo gratuitamente su autor la obra, coronada en breve, Dios mediante, con

el grupo alegórico y el busto en mármol del malogrado niño, debido al reputado cincel del Sr. Duque.

La Comision, construido el monumento, trasladó á él los restos exhumados, asistiendo comisiones del Gobierno, de institutos de enseñanza y gran número de escritores.

La urna funeraria entraba en el cementerio de San Nicolás, y á los cánticos religiosos se unia el pavoroso trueno.

En medio de la tempestad, en la oscuridad y la lluvia oramos al depositar aquel tesoro, y oimos la lectura de su composicion *Al nuevo dia*, que arrancaba lágrimas de nuestros ojos y nos hacia repetir con él:

¡Cuándo será que elevada
Sobre esta vil podredumbre,
Desde el polvo de la nada
Suba el alma acrisolada,
Adonde el sòl da su lumbre!

Hecha la traslacion de los restos, la Comision fué informada por D. Joaquin Rodriguez, que del producto de las obras existia ya capital para fundar un premio, y se anunció en la *Gaceta* el público certámen.

Seis obras se han presentado, seis obras excelentes; pero habia una tan interesante, tan tierna, tan bien escrita, que fué votada por unanimidad.

Abierto el pliego correspondiente al lema, se leyó el nombre de Angela Grassi.

La alegría se retrató en todos los semblantes; escritora premiada hace tiempo por la Real Academia Española; escritora correctísima, de dulce inspiracion, era la autora de *La gota de agua*, aquella narracion triste de las desventuras de dos niños ciegos, aquellas conmovedoras páginas que tanto enternecen!

El corazon de la mujer interpretó el pensamiento de la madre de Cao al fundar el premio, y sobre este pensamien-

to produjo una creacion tan sublime, con tan galanas formas desarrollada, con tanta verdad y tal colorido, que las situaciones más horribles no inspiran horror, sino pena; las desgracias mayores no inspiran tristeza, sino resignacion; y al pasar la vista sobre aquellas páginas donde se encadenan las desventuras, dice el lector como la autora en su lema: "*¡Hágase, Dios mio, tu voluntad, así en el cielo como en la tierra!*"

¡Oh consuelo sin ignal, el que descansa en la voluntad divina! ¡Oh fé viva y ardiente! ¡Cuán necesaria eres en nuestra pátria, en nuestras familias, en nosotros mismos, porque cada uno de nosotros, quién más, quién ménos, sufre rigores y penas, las ve sufrir, ve nublado el cielo, yerma la tierra, desiertos los campos y un millon de familias desmembradas, temblorosas, aguardando noticias con anhelo para decir, sean buenas ó malas: *¡Hágase, Dios mio, tu voluntad, así en el cielo como en la tierra!...*

III.

Inspirar la resignacion, avivar la fé en medio de los mayores infortunios, tal es el pensamiento de la obra premiada.

La Comision convocará en breve certámen para el año próximo y espera un resultado satisfactorio.

¡Qué gloria para Cao si, á medida que los años se suceden, se suceden obras como *La gota de agua!* ¡Qué estímulo tambien el de esta fundacion!

Los que al morir dejan fortuna para edificar soberbios panteones; los que sienten disposicion de ánimo para que

su nombre sea un recuerdo grato en la tierra, ¡dónde hallarian un pensamiento más laudable que este!

El libro moral, destinado especialmente á niños, desarrolla en su tierno corazon los gérmenes del bien. Recuerda el jóven y no olvida el hombre aquellas impresiones delicadísimas de la lectura de los primeros años.

De mí sé decir, que siendo niño tuve la fortuna de leer el libro del Padre Almeida, y tanto me interesó el viejo Miseno cuando cantaba

En mí tengo la fuente de alegría;
Siempre la tuve, mas yo no lo sabia.

que desde entónces, si estoy disgustado, pesaroso, si me creo infeliz ó desdichado, consulto mi conciencia y me acuso de haber hecho ó pensado algo malo, porque de otro modo

En mí tengo la fuente de alegría,
Y siendo bueno, en mí la encontraría.

Nada hay, pues, más útil al hombre que las lecturas que edifiquen su corazon en la primera edad de la vida, en esa edad en que las ideas viven serenas, tranquila el alma, sin remordimientos del pasado, sin temores del porvenir; en ese espacio que un dia ocuparán los cuidados y las amarguras de la existencia, si no lo ocupa vivo y eficaz el *amor* á Dios, que solo penetra en las almas inocentes ó puras.

La Comision se complace en observar que en los años venideros la cantidad asignada al premio será mayor con el producto que falta de realizar y se aumentarán tambien las obras que acudan al certámen.

Pequeño es, sin embargo, este galardon, si se compara con el que Dios tiene reservado al autor de una obra edificante, instructiva, que incline irresistiblemente á la práctica de la virtud en la edad en que las inclinaciones del espíritu modelan el carácter.

No envidio yo al caudillo de huestes numerosas; no tomaré por ejemplo al tribuno que arrebata á las muchedumbres; no me seduce la gloria del espectáculo á que acude aglomerada gente; lo que yo envidio, lo que yo quisiera imitar, lo que me seduce y arrebata es la divina figura de Jesucristo, diciendo: "Dejad que los niños vengan á mí, porque es suyo el reino de los cielos."

Hablad, y que los niños os oigan; escribid, y que os lean los niños; que se acuerden de vosotros y de los personajes de vuestros cuentos como yo del viejo Miseno que me enseñó el camino de la felicidad en esta vida. Escribid enseñando ese camino para que sean felices los hombres que á sí propios se llaman desgraciados. Ser pobre, estar enfermo, desvalido, perder una persona querida, sufrir, morir; ¡cuántas desgracias! Se dice, y no solo se dice, sino que se cree, y se cree á ciegas. ¡Qué funesta creencia! ¡Qué error tan grande! Desvanecedlo ¡oh, hombres de letras! con la inteligencia que Dios os ha concedido; escribid probando que los bienes de este mundo están compensados de tal modo que quien goza de los unos desconoce los otros; y que el hombre lleno de salud, riquezas y honores, tendrá algo que le aflija y apene, algo que Dios le da por misericordia para que de *Él* no se olvide; demostrad que el pobre, el enfermo y el desvalido suben á la montaña de la Jerusalen celeste con más prontitud porque no llevan á la espalda el fardo de la riqueza, ni al corazon la cadena que los sujeta á otros séres, ni en el pecho el lazo con que les atrae el mundo.

IV.

Termino, diciendo que la Comision debia publicar las obras del niño Rodriguez Cao y corren impresas, erigir el panteon y descuella en el cementerio de San Nicolás, anunciar certámen y examinar las obras presentadas, y las hemos examinado declarando mérito superior en *La gota de agua.* Alargue Dios nuestros años y en cada uno adjudiquemos un premio, ó lo que es mejor, adjudíquese aunque sea corta nuestra vida, la mia al ménos, porque yo creo y confieso, como nuestro Jesus Rodriguez, que la muerte

Es un ángel hermoso y bienhechor,
la muerte es la riqueza de los justos,
la puerta de la gloria del Señor.

He dicho.

Madrid 18 de Abril de 1875.

LA GOTA DE AGUA.

Hágase, Dios mio, tu santa voluntad, así en la tierra como en los cielos.

Plácidos arroyos que correis murmurando por entre el verde musgo, flores delicadas que cubris los montes y los valles con un manto de vistosísimos colores, auras sonorosas que meceis las copas de los árboles, blancas nubecillas que flotais en el espacio, séres todos de la creacion, prestadme vuestra gracia, vuestro candor, vuestra sencilla elocuencia, para llevar algun consuelo al alma desolada de una madre; prestadme el árpa mágica de melodiosos dulcísimos sonidos, ó repetid conmigo en murmurios, susurros y gorjeos; «el que viste á los lirios con su blanco ropaje; el que lleva la espiga á las comarcas lejanas; el que señala su ruta á la errante golondrina, sabe únicamente por qué transforma á los ángeles en niños, por qué se lleva á los niños para convertirlos en ángeles. Suyos son los ástros rutilantes, los mares dilatados, los montes y los valles; suyas

son todas las criaturas animadas que pululan sobre la tierra; suyas son todas las almas.

¿Quién puede decir al Señor no te lleves lo que es tuyo?

Pero el Señór, que cuida de lo suyo como amantísimo padre, si arranca la semilla del cáliz de la flor y la entrega al viento tormentoso, es para que vaya á fecundar, á embellecer, á perfumar otras comarcar.... Quizás los niños transformados en ángeles irán á fecundar, á embellecer, á perfumar otras regiones en donde habiten almas ménos puras que las nuestras.

Los copos de nieve recien formados se evaporan á los rayos del sol y se convierten en gotas de rocío; los hielos endurecidos se derriten y truecan en agua cenagosa, para ir á perderse en los oscuros antros de la tierra.

¡Ah, si ámbos producen el bien, dichosas las gotas de rocío, blancas, puras y transparentes que se balancean en los espacios!»

Séres amables de la creacion, repetid, repetid todo esto á la madre desolada.

Y si esto aún no bastase para enjugar sus lágrimas, ayudadme á adormecerla con el relato de una historia: la historia sencilla y triste á la vez de un pobre niño.

Y miéntras yo la cuento, saturad el aura de perfumes, lozanas florecillas; llenad los espacios de armonías, brisas juguetonas; velad los rayos del sol, cándidas nubecillas.

Y quizás.... ¡quizás halle reposo la madre desolada!

JOSÉ Y MARÍA.

Eran José y María dos cieguecitos que pedian limosna juntos á las puertas de una iglesia. ¿Quiénes éran sus padres? Nádie lo sabia. Hay en las capitales populosas una industria horrible, que consiste en alquilar ó comprar los niños ciegos, enfermos ó contrahechos, á las madres desnaturalizadas ó sobrado pobres para poder ejercer su sublime ministerio, haciéndolos servir de medio para explotar la caridad pública.

Estas desgraciadas criaturas á quienes se enseña á adoptar las posturas más lastimosas, á balbucear las frases más conmovedoras; á quienes se coloca en los sitios más azotados por el aire ó abrasados por los rayos del sol, obligándolas á permanecer allí diez y ocho horas de las veinticuatro que tiene el dia, cuando vuelven á sus guaridas con paso incierto y vacilante, estenuadas por el hambre, entumecidas por el frio, hallan á sus verdugos que las pegan si ha sido escasa la limosna recogida, ó les dan un negro pedazo de pan si ha sido abundante.

Infelices criaturillas que duermen hacinadas sobre un jergon informe, sin que las una entre sí ningun lazo, sin recibir más caricias que las del látigo, que destroza sus carnes al menor descuido.

¡Oh, madres, madres opulentas que meceis á vuestros hijos en dorada cuna, que los envolveis entre encajes ó los abrigais con blandas pieles, que les ofreceis el alimento en vajilla de rica porcelana, cuando transiteis por las calles, echad una mirada compasiva sobre estos tristes, endebles y malaventurados séres, y si no podeis rescatarlos, redimirlos, arrancarlos á su miserable estado, dádles al ménos una bendita limosna para que al volver á su tugurio no golpeen sus carnes las megueras que hacen el papel de madres.

José y María buscaban siempre el mismo rayo de sol, compartian siempre la sopa de una misma escudilla, dormian el sueño de los ángeles siempre juntos y abrazados.

Si alguna mano bondadosa dejaba caer en el regazo de uno de los dos un dulce ó una fruta, éste se apresuraba á partirla con el otro. Se daban entre sí el grato nombre de hermános; bien sabian que no lo éran y que solo les unía el lazo de la perpétua noche, de la perpétua desventura.

Y sin embargo, no habia igualdad en el modo de

ser de ámbos niños; José era el protector, María la protegida: ella se refugiaba detrás de José cuando iban á pegarla, y él se adelantaba fiero y soberbio á recibir los golpes.

Cuando llovia, se quitaba su miserable chaqueton para abrigar á la niña, y ésta se dormia confiada y tranquila entre sus brazos.

Parecian dos ramas de un mismo árbol, parecian dos tímidas avecillas salidas del mismo nido, ya destrozado por una mano aleve.

Y así iban ámbos creciendo, sin conocer del mundo más que sus privaciones y dolores, sostenidos y fortificados únicamente por su mútuo cariño.

¿Es una desgracia estar privados de la luz del sol?

Quizás nó: José y María tenian una imaginacion poética y vigorosa, comprendian instintivamente la belleza ideal y revestian todos los objetos con el brillante prisma forjado por su rica fantasía.

Ambos eran escuálidos y feos; ámbos estaban cubiertos de harapos, y, sin embargo, reverenciaban el uno en el otro la inmortal belleza, reflejo de sus almas puras, inocentes, amorosas.

¿Por qué están los ciegos siempre alegres y resignados? ¡Ah! es que ven con los ojos del alma, como con un anteojo mágico, los explendores del cielo; es que sus oidos, más perfectos que los nuestros,

aciertan á percibir, á través del tumulto mundano, las armonías del paraiso.

Para José y María, que no habian disfrutado de ningun goce de la vida, la idea de la muerte no iba acompañada de las lúgubres imágenes con que sobrecoje y espanta á los felices de la tierra.

—Cuando muramos, decian sonriendo y tranquilos, encargarémos que abran un hoyo y nos entierren juntos.

Los inocentillos no creian posible que pudiesen separarse de otro modo que muriendo; no creian posible que la fortuna se acordase de ellos, á quienes tenia tan olvidados, para arrebatarles el único bien que poseian, el mútuo apoyo de su brazo, su mútuo y dulcísimo cariño.

Y no obstante, la orgullosa fortuna, irritada de que hubiese alguno que no se preocupase por sus favores, lo hizo así.

Una noche, José y María eran ya dos jóvencillos, él contaba diez y ocho años, ella habia cumplido quince; una noche, decimos, volvian ámbos á su albergue cogidos del brazo como siempre.

Era una noche de Diciembre encapotada y lúgubre. Lo que durante el dia habia sido desapacible cierzo, se habia convertido en furioso vendabal, que azotando las casas y agitando los hierros de los bal-

cones y las muestras de las tiendas, producia un infernal y desacorde estrépito.

Las nubes que entoldaban el firmamento se ennegrecian más y más, pareciendo próximas á dejar escapar torrentes de agua, y los que transitaban por las calles, ateridos de frio y temerosos del chubasco, lo hacian de prisa, embozados hasta los ojos en sus capas.

Los jovencillos no habian recojido nada durante todo el dia, y habian aguardado á que las gentes saliesen de los teatros, esperanzados de encontrar alguna persona compasiva; pero como si el frio entumeciera el alma al par que el cuerpo, nadie se detuvo á socorrerlos.

Llenos de desaliento llegaban ya á una callejuela estrecha y solitaria, cercana á su casa, si casa suya podia llamarse aquella en que dormian, cuando se interpuso entre los dos un hombre con tan violento empuje, que arrojó á José al otro extremo de la calle.

Quiso éste quejarse de semejante brutalidad, pero un grito angustioso que llegó hasta sus oidos paralizó la voz en su garganta.

—¿Te has caido, María? preguntó un instante despues lleno de zozobra.

Pero solo contestaron á su pregunta los bramidos

del huracan, que pasaba como un impetuoso torbellino por la angosta callejuela. Sin embargo, entre sus bramidos, José creyó distinguir débiles y ya lejanos lamentos.

—¡María, María, María! gritó fuera de sí.

Pero la ráfaga de viento habia pasado, y reinaba en torno el silencio más completo.

—¡María, María, María! gritó de nuevo el infeliz, corriendo en la direccion en que creia haber oido los gemidos.

—¿Qué le pasa á V.? le preguntó un sereno que estaba sentado en el escalon de un portal, y dormitaba apoyado en su chuzo.

—¡María! respondió el acongojado jóven. ¡Por Dios, dígame V. si ha visto pasar á María; dígame usted si ha visto pasar á un hombre que se llevaba á mi María!

—No... no he visto pasar á nádie... Es verdad que me habia traspuesto un poco...

José no le escuchaba ya. Iba y venia como un insensato, chocando contra las paredes.

El sereno se apiadó de su dolor, y sacudiendo el sueño y la pereza, se levantó y fué á su encuentro, diciéndole:

—Vamos, vamos; con desesperarse no se adelanta nada. ¿Quién es María?

—¡Una pobre ciega como yo!

—¿Y qué quiere V. que hagan con ella? Pero, ¡ah! ¡ya caigo! añadió con aire de importancia.

El sereno pasaba en el barrio por un oráculo, y él tenia la conciencia de su propia sabiduría.

—Eso es, prosiguió con énfasis, que algun tuno, más miserable que ella, habrá querido quitarla las limosnas, y la habrá dejado en medio de la calle despues de haberla desplumado. En mi concepto, la pobre ya se habrá ido como habrá podido á su casa.

José se agarró á esta esperanza como el náufrago á la endeble tabla salvadora.

El huracan habia traido entre sus alas á los negros nubarrones, que venian á reforzar á los que ya entoldaban la bóveda del cielo, y rasgándose en aquel instante, dejaron escapar de su seno una copiosa lluvia.

El sereno se refugió debajo de un cobertizo; pero José, sin atender á sus razones, echó á correr, desafiando el aire y la lluvia, y llegó al *establecimiento*, que así llamaban á la infernal zahurda en donde habitaban, en brevísimos minutos.

Jadeante, empapado de agua y de sudor, subió con igual rapidez la larga y tortuosa escalera, empujó la puerta entornada, y gritó con voz estridente y angustiosa. ¡María, María, María!

En el ancho y destartalado camaranchon, dormian hacinados en el suelo, y sin más colchones que unas mantas viejas, sus compañeros de infortunio. Despertaron estos á sus gritos, y corrieron á su encuentro, preguntando:

—¿Qué le ha sucedido?

Todos querian á la pobre niña, por su dulzura inalterable y su angelical paciencia.

—¿No está María? ¿No ha venido María? balbuceó José trémulo y convulso.

—No; dijo la *directora del establecimiento*, que contra su costumbre estaba aun levantada y hacia calceta en un rincon, á la luz vacilante de un candil.

Era una vieja de setenta años, súcia, desgreñada, horrible.

Hacia más de treinta que ejercia su repugnante oficio, y su corazon, duro ya, habia tenido tiempo sobrado para endurecerse más y convertirse en piedra.

Apesar de esto, su voz temblaba al pronunciar aquellas palabras, y cuando vió que José volvia la espalda para marcharse de nuevo, se abalanzó á él y le detuvo, permaneciendo algunos instantes suspensa.

—¿Ha pasado alguna desgracia á la pobre María? preguntaron todos á la vez.

—No; os aseguro que no, dijo la vieja.

Volvió á quedar suspensa, como si no encontrase palabras para manifestar su idea, y por fin, repuso con el tono más suave que pudo:

—Ea, muchacho, preciso es que te conformes. María no está perdida. La hemos buscado una buena colocacion, muy buena. Alguien que quiere hacerla pasar por una heredera millonaria la ha tomado bajo su proteccion, y á estas horas estará ya muy léjos de Madrid. Nos hemos valido de este medio, un poco extraño, porque no creimos posible poder separaros de otro modo.

José no respondió, giró sobre sí mismo, y cayó desplomado al suelo.

EL CANTOR DEL PUEBLO.

Habia pasado el invierno con sus dias cortos, sus largas noches, su cielo entoldado y sus perpétuas nieves: la primavera recorria ufana los campos sembrándolos de flores y de verdes hojas.

Venia en alas de las brisas, coronada con las perlas del rocío, é iba blanqueando las copas de los almendros, haciendo germinar los granos de la sementera, convirtiendo en mariposas las crisálidas que yacían aletargadas en las resquebrajaduras de las peñas.

Y mientras ella recorria la tierra, el sol, coadyuvando á su benéfica empresa, brillaba en el espacio, reavivando por todas partes al amor, símbolo de vida, foco de luz, enlace misterioso entre cuanto bello y bueno existe.

Y la feliz naturaleza saludaba la aparicion de la primavera, y su brillante sol sin nubes, con gozosos y prolongados ecos que recordaban las armonías del cielo.

¿Es posible que existan en esa risueña estacion corazones que suspiren, ojos que viertan llanto? ¡Ah! sí, que para el hombre que debe purificarse por medio del dolor, para el mísero desterrado que recorre sendas desconocidas, lejanas de su pátria, no puede haber más primaveras que las que embellecen los jardines eternales, ni más sol que el místico Sol, árbitro y autor de lo creado.

Mientras las flores se balanceaban sobre sus tallos, cediendo al halagador impulso de los céfiros; mientras las aves cantaban sus amores en el alero de los tejados, libres, felices, exentas de cuidados, los enfermos que se albergaban en el Hospital general, poblaban el aire de quejidos y lamentos. ¡Ah! que á pesar de titularse á sí mismo pomposamente el hombre rey de la creacion, esta no se conmueve en lo más mínimo á la vista de sus dolores, pareciendo, por el contrario, que se complace en atormentarle, haciendo ostentacion de todos sus encantos en los momentos mismos en que apura el cáliz del infortunio.

Era la hora de la visita, y el grave esculapio, seguido de los jóvenes practicantes y las benditas hermanas de la caridad, pasaba de una cama á otra trazando recetas y formulando prescripciones.

Aunque sus cabellos eran blancos, aunque debia

estar familiarizado con los tristes cuadros que ofrece la miserable naturaleza humana, se reflejaban en su rostro, se leian en sus miradas el contento ó el pesar, segun hallaba á sus queridos enfermos.

Fué el primero de estos dos sentimientos el que manifestó al llegar á la cama número 17.

Volvióse con aire placentero hácia la hermana de la caridad que estaba junto á él, y la dijo:

—¡Albricias! ¡Albricias! Este ya se ha salvado: las esperanzas de estos dias se han convertido en certidumbre.... Pulso regular, color natural....

—¡Ah, pobrecillo! murmuró la hermana en voz baja. ¿Será un bien ó un mal para él el haber recobrado la salud?

—Silencio, hermana, interrumpió vivamente el doctor, acatemos los divinos juicios de Dios. El sabe por qué contiene millares de insectos una gota de agua, y por qué crece una mata entre dos áridas piedras.

La hermana bajó la cabeza y no contestó. Comprendia que el médico tenia razon. Y no obstante, no podia ménos de preguntarse á sí misma qué hacia en el mundo aquel pobre jóven ciego y desvalido.

El doctor habia pasado entre tanto á la cama número 18, y su semblante se tornó severo y meditabundo.

—¡Eh! ¡eh! dijo por fin; se ha comido demasiado y ha habido retroceso. ¡Caldo solo, sor Ángeles, caldo solo!

Y pasó adelante.

Aquel enfermo era el último de los que estaban á cargo de la buena hermana; así es que en lugar de seguir al doctor, volvió á la cama del jóven ciego y puso una mano sobre su frente con la tierna solicitud de una madre.

—¡María! exclamó el enfermo con un extremecimiento de júbilo infinito.

—¡Siempre el mismo nombre en sus lábios! murmuró la hermana; y luego repuso en voz alta:

—No me llamo María, sino sor Ángeles.

—¿En dónde está María? ¿por qué no viene?

—Si procuras estar tranquilo y curarte pronto, rogaré al señor doctor que la permita venir á verte.

José, pues era él, se incorporó vivamente, asió las dos manos de la hermana, y exclamó con voz trémula por la alegría:

—¡Era, pues un sueño! ¡Plegue á Dios que fuese un sueño!

—Sí, hijo mio, sí; una pesadilla producida por la calentura.

Y sor Ángeles se santiguó al decir estas palabras, como pidiendo perdon á Dios por su piadosa mentira.

La verdad era que desde que habian trasportado en hombros al hospital al pobre ciego, que parecia estar ya á los bordes del sepulcro, nádie habia vuelto á preguntar por él. La directora del establecimiento creyó sin duda que no se salvaria, ó temió que sus violentos arrebatos pusieran de manifiesto la venta ignoble de María.

Entretanto José, tranquilizado con las palabras de la hermana, lloraba en silencio, sintiendo alijerado su corazon de un enorme peso.

—El caso es que á tí te dan de comer, y á mí me vuelven á poner á dieta, dijo con alegre tono el enfermo de la cama número 18. Pero en fin, añadió sonriendo, lo doy por bien empleado, porque ya estaba cansado de oirte dar gritos noche y dia.

—¿Pero por qué no dejan penetrar aquí á las personas que nos aman? preguntó José, fijo siempre en una sola y exclusiva idea.

—Toma, repuso su compañero de infortunio, porque lo que has tenido es un ataque cerebral, porque has estado como loco y cualquiera emocion fuerte podia perjudicarte.

—Nó, nó, dijo José con violento arrebato; si oyese la voz de María me pondria bueno al instante.

—Mal confirma tus palabras la agitacion que muestras. Calma, amiguito, calma. Yo ya tengo

canas, y sé que solo la paciencia puede sacarnos de los apuros de la vida.

Era el que hablaba efectivamente un anciano de cabello blanco, pero de ojos vivos y semblante alegre y animado.

Con decir que era un músico ambulante, un murguista que se ganaba trabajosamente un pedazo de pan, arrancando broncos y desacordes sonidos á una trompa, se comprenderá que habria tenido que hacer grande acopio de paciencia para soportar la vida.

Llamábase Bernardo á secas, tenia sesenta años, habia perdido á su mujer y á dos hijos, y habia contraido su enfermedad á causa de un susto que le dieron personas poco cristianas y caritativas.

Contaba que una noche, víspera de San Antonio, él y sus compañeros subieron hasta un cuarto piso para felicitar los dias á un señor muy conocido en el barrio, que se llamaba Antonio, y que éste, que solo tendria de señor el sombrero y la levita, habia salido como un furioso, amenazándolos con un rewólver y persiguiéndolos hasta la mitad de la calle.

Segun habia dicho despues á las personas que acudieron á detenerle, aquello habia sido una *broma*, broma bárbara y salvaje que habia puesto en grave riesgo la vida de un hombre, hermano suyo.

Los dias de la convalescencia del núm. 17 y 18 pasaron rápidamente como pasa todo rápidamente en este mundo, y al terminarse, ya Bernardo y José eran muy amigos.

Una mañana dijo el primero al segundo.

—Esta noche no he podido dormir y he estado formando un plan magnifico. Así que nos den el alta saldremos los dos juntos y te vendrás conmigo. No creas que soy tan pobre, no.

Vivo en una bohardilla muy limpia y muy alegre, con sol al Mediodía: tengo además de mi cama las de mis dos hijos. ¡Ah, no he querido venderlas en medio de todos mis apuros, porque me parece que miéntras están allí, ellos pueden volver algun dia, me parece que no han muerto! Y mira como hasta cierto punto vuelven, porque una cama la ocuparás tú, la otra María y los dos me llamareis papá Bernardo y me amareis como si lo fuera. En mi casita hay una cocina con todo lo necesario, dos alcobas y una salita, adornada con un sofá y sillas de Vitoria, una mesita con un espejo encima, un sillon de cuero, muchas macetas en la ventana, que de seguro me habrán cuidado las vecinas, y un lindo canario en su jáula pintada por mí mismo.

Verás, verás: te enseñaré á tocar la guitarra, que

tengo una magnífica heredada de un amigo, pobre murguista como yo, y no nos faltará que comer.

Este plan pareció muy bien á José, y contribuyó más á su completa curacion que las recetas del doctor.

Una sola cosa le tenia meditabundo y acongojado.

A pesar de todas las promesas, María no habia venido á verle. Por qué? ¿No estaba ya fuera de peligro?

El dia en que les dieron el alta, y en que despues de despedirse con lágrimas de gratitud de la buena hermana, se hallaron en la calle respirando el aire de la libertad, José quiso ir al *establecimiento*; pero su amigo, que ya estaba enterado de todo, se lo impidió diciendo:

—Si vas allá no vuelves. Yo iré, y te prometo traerte á María ó exactas noticias de ella.

Me aguardarás sentado en un banco de la plaza del Progreso.

Hízose así: Bernardo se fué alegre y volvió triste y cabizbajo. Fortuna fué para José, no poder ver pintados en su semblante el desaliento y la tristeza.

—Vengo sólo, pero traigo buenas nuevas, le dijo el músico desde léjos, procurando dominar su pesadumbre. María no está en Madrid. Se ha ido á

Navalcarnero con una señora caritativa que al verla tan delgada y tan pálida, ha querido llevársela consigo por algunos dias. Pero allí mismo la he escrito una carta con las señas que me han dado, y vendrá al instante á reunirse con nosotros.

Muy bien habia estudiado su arenga durante el camino el pobre viejo, pues aunque su frente estaba inundada de sudor, estas palabras habian sido pronunciadas con singular aplomo. Inútil es decir que la Directora del establecimiento le habia despedido con muy malos modos, quitándole toda esperanza de recobrar á María.

Sin embargo, José, aunque pesaroso, convencido por su bondadoso embuste, le siguió resignado hasta su casa.

La entrada en ella del músico fué un verdadero triunfo. Todas las buenas mujeres de la vecindad acudieron en tropel á saludarle y darle la bienvenida.

Su alegre cuartito, como él llamaba á su bohardilla, estaba limpio y ordenado. Las flores de las macetas ostentaban cristalinas gotas de agua, y el canario tenia alpiste en abundancia y frescas hojas de escarola. No fué el canario, que se llamaba el *señorito*, el último que saludó á su amo con sus gozosos y multiplicados píos.

Las vecinas, no contentas de haber cuidado con tanto esmero el palacio de su viejo amigo, le llevaron cada una una cosilla de su despensa para festejar su regreso, y la comida fué relativamente opípara y abundante, no faltando los brindis al apurar algunas copitas de buen vino.

José nunca habia asistido á esas espansiones de cordial afecto, nunca habia oido resonar en torno suyo palabras tan francas y benévolas, y le pareció hallarse en otro mundo distinto; renacer á nueva vida.

—Cuán felices serémos cuando ella venga! se decia á sí mismo.

Pero se pasaron tres meses y ella no volvió.

Solo Dios sabe los esfuerzos de imaginacion que tuvo que hacer el pobre Bernardo, durante este tiempo, para engañar á su amigo y calmar algun tanto su impaciencia.

El mejor auxiliar que tuvo para conseguirlo fué la música. José tenia para este bello arte las más felices disposiciones, y pronto aprendió á cantar acompañándose con la guitarra.

—¡Qué sorpresa la suya cuando me oiga! pensaba con entusiasmo, á cada nueva dificultad vencida.

Ya desde los primeros dias habia ido á situarse junto á la puerta de la iglesia á donde acostumbra-

ba ir con María, halagándose con la esperanza de que ella podria ir á buscarle á aquel sitio tan querido de su alma. Esta iglesia era San Millan.

Desde la mañana hasta la noche daba allí al aire su bella voz, llena de suaves inflexiones, atrayendo un numeroso auditorio de criadas y soldados, sin que entre ellos no se escurriese de vez en cuando alguna persona bien portada é inteligente.

Durante su enfermedad habia crecido, se habia desarrollado, convirtiéndose en un gallardo jóven. Una negra y espesa barba sombreaba su rostro pálido y expresivo, y más de una maritornes sensible le daba parte de los cuartos de la sisa, lamentándose de que un mancebo tan guapo fuese ciego.

—De buena gana me casaria contigo, le habia dicho alguna.

Estas palabras despertaron en el corazon y en la mente de José un cúmulo de extrañas ideas y extrañas sensaciones.

—¿Por qué no he de casarme con María? pensaba, entregado á un violento pero dulce vértigo. No somos hermano y hermana, ¿por qué no hemos de ser marido y mujer?

Cada noche al volver á su casa, apénas podia contener los latidos tumultuosos de su corazon.

—¡Si habrá vuelto! pensaba.

Y tenia que detenerse á cada tramo de la escalera, por que la emocion le ahogaba.

Pero no; se pasaban las noches y los dias y ella no volvia.

En vano ya trataba Bernardo de desengañarle, buscando para ello mil ingeniosos rodeos; José no queria entender: la fé de su alma era tan ciega como sus ojos.

Su fama crecia rápidamente; un dia le ajustaron para ir á tocar en una boda. Debia ésta celebrarse en el campo, teniendo la sala del festin por techo la azulada bóveda del cielo, por alfombra el verde musgo, por luminarias los rayos del sol, que esparce, igualmente su luz y su calor, sobre los ricos y los pobres; sobre los grandes y los pequeños, porque es imágen del Eterno Sol que resplandece en las alturas.

Los que acababan de unir sus manos y sus almas al pié de los altares eran modestos artesanos, zapatero él, guarnecedora ella; se habian amado desde niños, y habian ido ahorrando ochavo sobre ochavo para comprar el humilde ajuar que decorase el nido de sus amores.

Aunque ellos eran pobres, el padrino, dueño del taller en donde ámbos trabajaban, habia querido hacer bien las cosas, y si el festin no se asemejaba

al de las bodas de Camacho, no faltaban las carnes fiambres, las históricas tortillas, el vino de Valdepeñas y aun los aristocráticos pastelillos.

Pero lo que abundaba más que todo era la franca cordialidad, la expansiva alegría.

El lugar elegido para efectuar el banquete era la pradera del Corregidor, á la sombra de los grandes árboles que han presenciado tantas y tantas fiestas semejantes.

Despues de la comida se bailó; se bailó hasta muy entrada la noche.

El baile alternaba con los juegos y los cantos epitalámicos, que con tanta elocuencia sabe improvisar el pueblo.

Era todavía la primavera, cuando los campos están cubiertos de musgoso cesped, cuando los árboles y las plantas ostentan sus gayas florecillas, cuando son alegres los rayos del sol, los ecos de la brisa, el murmurar de las fuentes y los trinos de los pájaros; cuando la naturaleza toda se despierta del pasado letargo y el amor renace; renace y germina en el boton de las flores, bajo las azuladas ondas de los rios y de los mares, en los espacios donde los astros recobran nuevo brillo, y en el corazon del hombre, que se agita y anhela cosas que jamás ha visto.

La poesía de aquella deliciosa tarde, los alegres

cánticos, los traidores ecos que esparcian en los aires palabras furtivas y misteriosas pronunciadas aquí y allá en voz baja, todo conmovia, todo inflamaba el corazon del cantor ciego, sentado solo al pié de un sauce.

Los jóvenes esposos vinieron á sentarse cerca de él.

La brisa recogió y trajo á los oidos de José sus amantes palabras, sus dulces juramentos, sus planes de ventura.

—¡María! ¡María! murmuró el triste en voz baja.

Pareciόle que ante sus ojos sin luz se desarrollaba un inmenso panorama, el cielo, tal como él lo imaginaba, más expléndido aun, más magnífico si cabe de lo que es en realidad, y en medio de aquel espacio vaporoso y lleno de resplandores, pareciόle ver flotar una figura blanca, blanca y melancólica dotada de la ideal belleza esculpida en el fondo de su alma.

Tendió los brazos para asir la mágica vision, y solo abarcó el aire perfumado.

Pero si no la tocaba la veia con los ojos del alma; sentia dulces estremecimientos, vibraciones misteriosas, ráfagas tibias y embalsamadas que le sumergian en vagos y deliciosos éxtasis.

Sus dedos hicieron resonar las cuerdas de la guitarra, y brotó de ellas una melodía tan suave, que

todos los circunstantes corrieron á agruparse en torno suyo suspensos y embelesados.

—¡Qué bien tocas, José! le dijo el zapatero sacándole de su arrobamiento. ¿Quién te ha enseñado?

—¡María! exclamó el ciego con apasionado trasporte.

—¿Y quién es María? repuso su interlocutor.

—¡Yo mismo! replicó vivamente José; el alma de mi alma, la vida de mi vida.

—¿La amas? le preguntó dulcemente la jóven esposa.

El ciego quedó algunos instantes suspenso, y luego dijo:

—¿Por qué no me pregunta V. si vivo?

Era ya muy tarde: las sombras subian de los llanos á los montes, los pájaros habian enmudecido; habíanse ido apagando gradualmente todos los rumores, y solo se oia el graznido de las ranas, habitadoras de los charcos, y los trinos del trovador nocturno de los bosques.

La alegre comitiva se puso en marcha para regresar á sus hogares, entonando á coro una cancion festiva.

La felicidad nos hace buenos y compasivos.

El jóven esposo se acercó á José y le ofreció el brazo para guiarle á través de los eriales del cami-

no, y al llegar á la Plaza Mayor, donde debian separarse, la esposa puso en sus manos una estampa que representaba al Niño Jesús, diciéndole:

—¡Para María!

José se alejó lleno de gozo el corazon y la mente henchida de ilusiones.

Se dirigió á una tienda en donde se vendian objetos de escritorio, y cuyo dueño le habia socorrido muchas veces, y pidió un plieguecito de papel que tuviese pintada una flor, una pluma y un poco de tinta en una jícara que fué á comprar á la tienda inmediata.

Cargado con su tesoro, llegó á la bohardilla en donde Bernardo dormia ya el sueño de los bienaventurados.

Pero José no tuvo compasion de su sueño, y le arrancó de él bruscamente dando voces y palmadas.

Bernardo despertó, y le vió delante de sí con la luz que acababa de encender en una mano y en la otra un papel blanco.

—¿Qué es esto, muchacho? exclamó; ¿qué quieres?

—Quiero escribir á María, dijo José, quiero que venga al instante; V. pondrá la carta.... Tengo un millon de cosas que decirla, y en primer lugar que

me han dado una estampa para ella.... Esto nos traerá la suerte.

—Sí! dijo Bernardo suspirando. Luego repuso, más aturdido que un niño á quien sorprende el maestro haciendo alguna travesura: Mira, mañana escribiremos....

Hizo José un gesto tan suplicante, que Bernardo se interrumpió, y resignado á darle gusto, empezó á levantarse, recibiendo en recompensa mil apasionados abrazos.

—¡Cómo ha de sér! dijo el buen viejo entre alegre y mohino, ¡siempre se ha de hacer lo que tú quieres!

Y moviendo la cabeza de un lado á otro en señal de disgusto y de pesar al mismo tiempo, se sentó á la mesa y se preparó á escribir.

José se sentó junto á él, y con la voz conmovida y el pecho palpitante, empezó á dictarle palabras de cariño de mil maneras formuladas, con la elocuencia sencilla y poderosa de los corazones que aman, bien ageno de que Bernardo en vez de trazar letras, iba trazando mil extraños geroglíficos, que unas veces se parecian á una flor, otras á una casa, y no pocas á la cabeza de un asno.

Bernardo se jactaba de haber aprendido á dibujar en sus mocedades; pero lo cierto es que tantas y tan-

tas fueron las líneas que iba amontonando las unas encima de las otras, que acabó por reproducir sobre el papel la imágen verdadera del más espantoso caos.

Rayaba ya la aurora cuando José aun le detuvo en el momento de dar por terminada su tarea, diciéndole:

—Ah, póngale V. tambien, que si no viene al instante, al instante, tendrá que mandarme hacer un vestido de madera estrecho y largo, porque ya no estaré en el mundo.

Doblada al fin la preciosa epístola, y cerrada con miga de pan, José bajó á ponerla el sello y echarla al correo, encomendándola á todos los santos del cielo.

Inútil es decir que María no contestó.

Una mañana doblaban tristemente las campanas de San Millan, repitiéndose á lo lejos sus fúnebres clamores.

En el augusto templo se efectuaba la tierna y sublime ceremonia con que la iglesia acompaña á las almas en su tránsito supremo.

Desde el átrio se oian los cantos pausados y solemnes de los sacerdotes, los graves acordes del órgano, el murmullo de las preces que alzaban amigos y parientes.

—¿Quién ha muerto? preguntó un mendigo á un pobre de San Bernardo que habia venido acompañando el carro mortuorio.

—Una jóven de diez y siete años, bella como un ángel, respondió éste.

—¡María! murmuró José con un extremecimiento doloroso.

Sintió como un aire glacial que entraba á helar su corazon, sintió como las llamaradas de un volcan que subian á abrasar su cerebro.

Experimentó un vértigo. Se levantó con una extraña resolucion pintada en el semblante, y echó á andar indeliberadamente.

—¿A dónde vas, José? le preguntaron sus compañeros admirados.

José no contestó. Bajó por la calle de Toledo, llegó á la puerta del mismo nombre, preguntó por el camino de Navalcarnero, subió la pesada cuesta de Alcorcon, dejó atrás el risueño Móstoles, y le sorprendió la noche ántes de llegar al término de su viaje.

No detuvo el paso por esto, que para el que se halla privado de la luz, iguales son las noches y los dias, y su pobreza le hacia no temer á los ladrones.

Pero cuando llegó á Navalcarnero era ya muy tarde y todos sus habitantes dormian.

Sólo se oian los ladridos de los perros, fieles guardadores de las haciendas y las casas.

No hay nada más lúgubre é imponente que una poblacion dormida, para el que no puede llamar á ninguna puerta.

Aquel silencio sepulcral que reina por todas partes, pesa entónces como una losa de mármol sobre el corazon del que se halla solo y desamparado.

José no habia pensado ni en comer, ni en beber; estaba rendido de hambre y de fatiga.

Se reclinó en el quicio de una puerta, y se durmió soñando con la forma blanca y vaporosa que flotaba sin cesar delante de sus ojos.

Le despertaron las campanas de la iglesia que tocaban la salutacion angélica.

Se incorporó como pudo, porque tenia los miembros entumecidos, y siguió la direccion que le marcaban las campanas con su dulce llamamiento.

Llegó al átrio de la iglesia.

Una iglesia era para él, es para todos los desventurados, la casa, el refugio, el asilo de paz y de ventura, en donde comparten con el dichoso, con el opulento los favores de su padre celestial que abarca á todas las criaturas entre sus amantes brazos.

En los árboles centenarios que decoran el átrio empezaron á piar los pajarillos, empezaron á ento-

nar todos los séres de la creacion su himno de la alborada, y bien pronto se oyó á lo léjos el cencerro de las mulas y el chirrido de las ruedas de los carros.

Abriéronse de par en par las puertas del templo, y José oyó el rumor de unos pasos pesados que se dirigian á él.

—Buenos dias, dijo á la persona que tan temprano acudia al llamamiento divino. ¿Querría V. decirme, por caridad, en donde vive María?

El interpelado era un anciano de ochenta años, pero de rostro fresco todavia y animado por una habitual y franca sonrisa.

Al oir la pregunta de José se echó á reir.

—Muchacho, exclamó, pues no hay pocas Marías en el pueblo. Por lo ménos quinientas Marías jóvenes, y otras tantas tias Mariquitas viejas.

—Aquella de quien yo hablo es ciega y pobre, y vive con una señora de Madrid que se ha hecho cargo de ella por algun tiempo.

—Vamos, esas ya son otras señas, repuso el buen anciano; pero conozco á todas las familias del pueblo y forasteras, y no recuerdo que habite con ninguna de ellas una jóven ciega.

—Por Dios, procure V. recordar.... insistió José. Vengo de Madrid, he andado todo el dia, y puede decirse que toda la noche. He dejado á un amigo

que estará desesperado con mi ausencia, y necesito volverme hoy mismo.

El anciano le miraba de hito en hito miéntras decia todo esto.

—Vamos, replicó vivamente, está V. muy pálido; venga V. conmigo.... Dios agradece la caridad tanto como la oracion.

Le cogió de la mano y le condujo á su casa, que estaba á espaldas de la iglesia.

—Teresa, Rosalía, dijo al entrar en ella, dando grandes voces. Ordeñad la cabra blanca ántes de que salga al campo y traed un buen tazon de leche caliente y pan á este pobre que se muere de hambre.

Hizo sentar á José en el poyo que habia junto á la puerta, y no sólo le obsequió con el tazon de leche, sino que le sirvió por sí mismo unos torreznos acompañados de un buen jarro de vino.

Fortalecido y reanimado José, quiso pagar su hospitalidad cantando uno de sus más bellos romances, con lo que es inútil decir que pronto se formó junto á él un numeroso círculo de hombres, mujeres y chiquillos, que no se contentaron con aquel romance, sino que le hicieron cantar otros muchos.

Trasmitido luego á las comadres su deseo de inquirir el paradero de una joven ciega, empezaron aquellas á registrar su memoria; pero aunque po-

seian la maravillosa facultad del diablo cojuelo, de levantar los techos de las casas y asistir á las escenas íntimas que se efectuaban en ellas, no pudieron satisfacerle.

—Ea, dijo el anciano, Miguelillo le acompañará á V. para que practique cuantas diligencias quiera.

Llamó á un muchachuelo travieso que estaba jugando con otros, quien con tal de no ir á la escuela aceptó con placer el cargo de lazarillo.

Pero en vano llamó José una por una á todas las casas del pueblo, nádie supo darle razon de su María.

Cuando por la noche regresó á su bohardilla desalentado y mústio, Bernardo corrió á su encuentro dando grandes gritos.

—¿Qué has hecho? ¿qué te ha sucedido? exclamó. He recorrido todo Madrid en tu busca, y ya creia no volverte á ver.

—¡Ay! respondió José con voz ahogada; ¡ay! que María no está en el pueblo!

—¿Has ido allá? preguntó el anciano poniéndose encendido hasta las orejas.

Luego repuso bruscamente.

—Ea, siéntate, descansa y cena, que traerás hambre.

Extendió el mantel, trajo un plato de escabeche,

pan y vino, y miéntras José comia, combinaba él en su mente el modo de desengañarle y convencerle de que no debia ya acordarse de María.

Terminada la cena empezó su plática, restregándose una oreja, y luego la otra, retorciéndose el bigote, y sudando á mares. Pero dicen que no hay peor sordo que el que no quiere oir.

A todas sus demostraciones, José contestaba obstinadamente.

—¿Cree V. que si María hubiese muerto ó me hubiese olvidado yo viviria? ¿Cómo era posible que viviese un cuerpo sin el alma? Nó, nó puede ser, Bernardo, no puede ser....

Y al hablar así, daba vueltas entre sus manos á la estampa del Niño Jesus, protector de los débiles á quien habia confiado el porvenir de su alma.

LO QUE DURA LA FELICIDAD.

La fé de José no le engañaba.

Un dia, mientras cantaba con mayor entusiasmo al son de su guitarra, una mujer se lanzó en sus brazos sollozando.

—¡María! gritó José con trasporte.

—¡Pobrecilla! no puede responder, se ha desmayado, dijo una dulce voz. Se conoce que viene de muy lejos; trae los vestidos hechos girones y los piés ensangrentados.

La que hablaba así era una señora jóven que acababa de descender de un coche.

Una compasiva aguadora se acercó y mojó las sienes de María, que exhaló un profundísimo suspiro y murmuró en voz baja:

—¡José, mi José! ¡te he hallado al fin!

—¡Graçias á Dios que ha vuelto en sí! dijo la señora. Cochero, añadió en voz alta, lleve V. á estos dos jóvenes á su casa, y vuelva V. á buscarme.

Deslizó en las manos de José una moneda de plata, y entró en la iglesia.

Grande fué el estupor del viejo músico cuando vió entrar á José dando el brazo á una mujer, y mucho más cuando supo que esta mujer era María.

La escena que se siguió fué dulce y conmovedora. María contó que venia de Barcelona, que habia andado todo el camino á pié y pidiendo limosna.

—¡Ah! dijo; creo que querian hacerme pasar por la heredera de un hombre millonario que acababa de morir, conservando de este modo la tutoria y goce de los bienes un pariente del difunto. Parece que el anciano millonario tènia una hija, ciega de nacimiento como yo, y de mi misma edad, á quien habia reconocido y legado todos sus bienes á la hora de la muerte. Esta hija, confiada desde niña á unos toscos labriegos, que pasaban por sus padres, habitaba en un pueblecillo de Castilla escondido entre montañas; pero cuando el tutor nombrado por el millonario fué á buscarla, halló que habia fallecido pocos dias antes. Asaltóle entónces la idea de sustituirla con otra cualquiera que reuniese las mismas circunstancias, comprando para esto la cooperacion de los labriegos.

De cualquier modo que fuese, lo cierto es que yo

vivia en una casa que debia ser suntuosa, y estaba servida por multitud de criados, atentos solo á complacerme. Pero, ¿qué me importaba todo esto si no me apoyaba en tu brazo, si no oia tu voz, José del alma mia?

Siempre pensaba en escaparme para venir á buscarte.

Un dia me llevaron á una iglesia en donde habia mucha gente, y sin saber cómo, comprendí que me habia separado de los que me acompañaban. Entónces me acurruqué detrás de un altar, esperé á que la iglesia estuviese desierta, me quité todas las prendas, á mi parecer de lujo que llevaba puestas para que no llamasen la atencion, rasgué mi vestido, salí, pregunté por el camino de Madrid, lo recorrí todo paso á paso, y héme aquí en tus brazos para no separarnos jamás.

Nunca una felicidad viene sola, como no viene nunca solo un hermoso rayo de sol, cuando este aparece bello y radiante sobre el firmamento.

Al dia siguiente, cuando José cantaba á la puerta de San Millan rodeado de un círculo de desocupados, se acercó á él un hombre, y le dijo que si queria ir á cantar á su café le daria 12 rs. diarios, con la condicion, sin embargo, de que se abstuviese de cantar en ningun otro sitio público. Aceptó José

lleno de gozo, pero no se limitó aquí su buena suerte.

Habia cierta rivalidad entre aquel cafetero y otro, antiguo dependiente suyo, que se habia establecido en frente de él; ámbos quisieron llevarse al cantor, ya popular en el barrio, y de la pugna de ámbos resultó que en vez de doce entró ganando veinticuatro reales, con la condicion de que ajustasen tambien á Bernardo, pára organizar entre los dos un pequeño concierto.

El dueño del café anunció su nueva adquisicion con retumbantes frases, y la concurrencia que se agolpó á su establecimiento fué tan numerosa, que tuvo que ensanchar el local y la gaveta en donde guardaba sus ganancias.

Si José los domingos llevaba á María un buen puñado de monedas, ésta, que se habia convertido en ama de casa diligente y económica, apesar de su ceguera, las distribuia con tanto acierto, que al paso que no carecian de nada, guardaba la mayor parte en una hucha nueva comprada con este objeto.

Nunca habian estado mejor; y, sin embargo, ámbos estaban tristes y parecian evitarse mútuamente, extremeciéndose y ruborizándose al menor contacto.

Bernardo los observaba restregándose las manos de placer, y un dia les dijo:

—Venid acá, tontuelos; si ámbos os quereis, no como hermano y hermana, sino como marido y mujer, ¿por qué no os casais? ¿Porque sois ciegos? ¿No sois los dos útiles, tú, José, ganando el pan de cada dia, tú, María, cuidando con maravilloso instinto de la casa?

—¿Quieres? balbuceó José dirigiéndose á María.

Esta por toda respuesta le besó las manos, y José las sintió humedecidas por las lágrimas.

Al cabo de ocho dias se efectuaba en San Millan una extraña boda. Eran dos ciegos los que iban á unirse con eternos lazos; eran José y María, rebosando de felicidad y ternura. No hay que decir que Bernardo fué el padrino de la boda.

Las gentes al verlos tan contentos y felices prorumpian en diversos comentarios.

—No debia permitirse esto, exclamaba uno, quizá envidioso del placer que resplandecia en los rostros de ámbos jóvenes. ¡Dos ciegos de nacimiento! ¿Y si Dios les concede hijos?

—Eso no es más que multiplicar la desgracia, añadia doctoralmente otro.

—Dios ha puesto el amor en su corazon, ¿por qué

lo ha puesto? replicaba un tercero en son de queja contra el árbitro Divino.

Desgraciadamente, las previsiones de los murmuradores se realizaron.

Al cabo de un año, María dió á luz un niño tullido y contrahecho, además de ciego.

Y aquí de las declamaciones y hasta de las blasfemias de amigos y vecinos.

Pero los padres estaban locos de júbilo con la venida de aquel ángel á su pobre casa.

—Le pondremos por nombre Bernardo, decia el músico, que ya adoraba á aquella endeble criatura por lo mismo que carecia de atractivos.

—Bien, respondió la madre, es justo que lleve el nombre de nuestro bienhechor; pero yo quisiera que su primer nombre fuese Jesús, tanto porque fué su imágen la que nos ha traido la ventura, como para ponerlo bajo la proteccion de aquel que nació en un humilde pesebre, entre el desamparo y la pobreza.

El niño se llamó como deseaba su madre.

Nunca cuidados más solícitos, amor más acendrado rodeó la cuna de un pequeño sér tan castigado por la naturaleza. Para sus padres y su abuelo, que así queria que le llamasen Bernardo, era un conjunto de gracias, porque si efectivamente carecia de

vigor y belleza física, estaba dotado de un carácter dulce y de una sensibilidad exquisita.

Si sufria, soportaba su sufrimiento con una resignacion angélica; nunca jamás se le habia visto entregarse al menor capricho, pues bastaba una sola palabra amorosa para hacerle renunciar á lo que más anhelase.

A los seis años, que pasan muy rápidos los dias felices, solo sabia amar y oir en silencio las historias interminables, pero reducidas todas á rasgos de virtud y de honradez, que se complacia en contarle el abuelo.

El decia que habia educado así á sus hijos, y que habian sido unos hijos ejemplares. El inteligente niño tambien sabia cantar algunas canciones y tocar la guitarra á imitacion de su padre.

—Cuando se robustezca algun tanto, decia Bernardo, le llevaremos al colegio de ciegos, que yo conozco al director de este establecimiento. ¿Quién sabe lo que nuestro Jesús será con el tiempo? No será el primer ciego que ha alcanzado gran renombre en las artes ó en las ciencias.

Aunque el niño, ni crecia ni se desarrollaba, opinó Bernardo, cuando cumplió siete años, que debia ir á la escuela.

—El salir de casa le hará provecho, añadia para

corroborar su opinion, las lecciones le distraerán y le distraerá la charla de los demás discípulos, porque tiene un fondo de melancolía inexplicable, y que es preciso combatir á toda costa. Solo me detiene una dificultad: quién le acompañará, porque nosotros tenemos que ir al café.

—¿Hemos tenido nosotros quien nos acompañase? dijo José sonriendo. Dios vela por los desgraciados.

—¡Oh, no, exclamó apasionadamente María, estrechando sobre su corazon al hijo de sus entrañas, nosotros éramos dos y no teníamos padres!

Grave era el problema y de difícil resolucion; pero Bernardo no era hombre que se aturdiese por nada, y así apareció á los dos dias trayendo en sus brazos á un perrillo de lanas.

—Hé aquí el alegre compañero que destino á mi Jesús, exclamó con ademan triunfante deponiéndolo en el suelo.

Y era, en efecto, un alegre compañero, porque enseguida el perrillo empezó á dar saltos y ladridos, corriendo de un lado á otro como si estuviera en su propia casa. En una de sus desordenadas cabriolas puso las dos patas delanteras sobre las rodillas de Jesús, y viendo que éste le acariciaba, brincó sobre su falda y le lamió con apasionado entusiasmo las manos y la cara.

—¡Ea, ya son amigos! exclamó el buen viejo trasportado de alegría.

D. Juan, que así pusieron por nombre al perro, porque segun afirmaba Bernardo se parecia al jefe de su murga, era un perrucho feo; pero que al revés de su amo, era ágil y fuerte además de inteligente.

Fijóse, pues, el dia en que Jesús debia ingresar en el colegio, hechas ya las diligencias necesarias para conseguirlo, señalando para ello el primero de Setiembre.

Cuando se fijó ese dia corria ya más de la mitad del mes de Agosto. Mas ¡ah! ¿cuánto tiempo necesita la suerte para destruir nuestros planes, para desvanecer nuestras esperanzas?

Mezquinos y fugaces bienes de la tierra ¡ah! ¿por qué el hombre os concederá una atencion tan grande que le haga olvidar los bienes de otra vida?

Una noche los dichosos vecinos de la bohardilla despertaron asustados al oir un intenso clamoreo.

Se arrojaron fuera de la cama y Bernardo corrió á abrir la puerta, pero tuvo que retroceder sofocado por el humo.

La escalera ardia.

—¡Fuego! gritó fuera de sí.

—¡Fuego! repitió María cogiendo á su niño entre los brazos.

—¡Qué haremos, Dios mio! exclamó José.

—Calma, calma, dijo Bernardo, la escalera arde, las llamas suben, pero no están arriba todavía... tenemos tiempo...

Hemos dicho que Bernardo era resuelto: corrió á la ventana; esta daba al tejado, pero el tejado daba á la calle; una callejuela estrecha, pero al fin una callejuela.

Abajo se oia el rodar de las bombas, los gritos de las mujeres, las imprecaciones de los hombres. En el tejado de la casa de enfrente estaban agolpados los vecinos que contemplaban con creciente susto el espantoso incendio.

—En la bohardilla hay personas á quienes salvar, gritaron los de arriba á los de abajo, pero pronto, pronto, porque las llamas suben por todas partes; de la ventana sale una nube de humo.

Bernardo habia sacado los tablones de las camas y los habia unido entre sí por medio de una soga. Luego subió á la ventana, bajó al tejado, apoyó su extremo en el alero. Los vecinos de enfrente, comprendiendo su idea, cogieron el tablon que les tendia y lo sujetaron á su vez por el otro extremo.

Quedó hecho el puente.

Aquello fué ejecutado con una rapidez asombrosa.

Las llamas penetraban ya en la bohardilla entre torbellinos de humo sofocante.

—Es preciso buscar salvacion por la ventana, dijo Bernardo con voz breve é imperiosa. Animo, agarraos á mí y vamos uno detrás de otro.

Bernardo salió el primero, José se agarró á él, y María, que llevaba á su niño en brazos, se agarró á José.

Nadie se habia acordado del perro, pero el perro con su maravilloso instinto los habia ya precedido por aquella via salvadora.

—¡Valor, valor, adelante!... gritaron los vecinos de enfrente al ver que Bernardo ponia el pié en los tablones.

Parecian los fugitivos almas del purgatorio, suspendidas sobre el negro abismo é iluminadas por la rojiza luz del incendio.

Bernardo, á pesar de su serenidad, experimentó un vértigo.

Los tablones eran anchos, hubieran podido caber dos hombres de frente, pero la calle era angosta y profunda, y abajo habia una multitud que se agitaba en todas direcciones y gritaba desaforadamente. Bernardo no supo qué hacer: si miraba se desvane-

cia, si cerraba los ojos temia caer al abismo y precipitar consigo á los que se habia encargado de salvar.

La misma responsabilidad que pesaba sobre él, las mismas voces que daban los vecinos para infundirle aliento, le aturdian y añadian espanto al espanto que le embargaba.

Dieron algunos pasos y llegaron á la mitad de la peligrosa senda.

Apercibiéronlos entónces los de abajo, y un silencio sepulcral sucedió al anterior bullicio. Todas las miradas, todos los corazones estaban pendientes del paso de aquellos infelices, que parecian atravesar los aires.

Aquel silencio repentino heló el corazon de Bernardo.

—Me voy á caer, pensó, y voy á arrastrarlos conmigo.

Sintió el vértigo que subia de su corazon á su cabeza; sintió que sus ojos se oscurecian, que sus piernas flaqueaban...

Hizo un brusco movímiento para separar de sí á José, pero José se agarró á él con más fuerza.

Aquel fué un momento supremo.

De repente, el perro que iba delante retrocedió de un brinco, se abalanzó á María y la rechazó violen-

tamente hácia atrás; María vaciló y soltó la ropa de su marido que tenia cogida.

Oyóse entónces un ruido extraño, oyóse un prolongado alarido que soltaba la multitud.

María, por fortuna era ciega, y no pudo ver que delante de ella dos hombres caian al abismo. Sentíase cogida por alguien, y solo pensaba en su niño que llevaba apretado sobre su corazon.

El que la tenia cogida por la falda era el perro fiel, que la habia salvado, y que la condujo suavemente hasta poner el pié en el tejado de enfrente, en donde la aguardaban muchos brazos amigos y vigorosos.

En la calle la gente hacia círculo al rededor de dos cadáveres, pero pronto se apartaron de ellos para atender á otras víctimas.

Y miéntras tanto el incendio crecia poderoso y soberbio, convirtiendo la casa en un inmenso brasero, del que se escapaban llamaradas y quejidos, é iluminando el cielo y la poblacion con su resplandor siniestro.

A la mañana siguiente, cuando los reflejos sonrosados de la aurora brillaron en el oriente, alumbraron más de veinte familias desnudas, pálidas, desgreñadas, que habian quedado sin asilo y que contemplaban, anegadas en llanto, los escombros car-

bonizados de lo que habia constituido toda su fortuna.

¡Ah, miserables y pasajeros bienes de la tierra! ¿cómo es posible que el hombre os conceda una atencion tan grande, que olvide por vosotros los bienes inefables y eternos de otra vida?

MARÍA.

—¡Quisiera quedarme contigo, hijo del alma, quisiera quedarme contigo! Pero ¿qué haré si José me llama? Nunca, nunca he sabido resistir á su dulce llamamiento.

Esto decia la desolada viuda tres dias despues de la catástrofe espantosa, estrechando contra su corazon al hijo de sus entrañas, que quedaba sin amparo en este mundo.

Y en efecto, su cuerpo cedia visiblemente al ímpetu del alma, que pugnaba por escaparse y abandonar su cárcel deleznable.

Y no era que María no anhelase vivamente vivir: cuando las bondadosas mujeres que la habian recogido la presentaban una taza de caldo, la tomaba con febril ansiedad; pero su garganta, anudada por el dolor, se negaba á dar paso al líquido benéfico.

—¡No, José, no me llames, no quiero ir! decia entonces la desventurada prorumpiendo en lágrimas.

y sollozos; ¿no ves que aquí queda solo y abandonado nuestro pobre hijo?

Cuando Teresa, que así se llamaba la buena mujer que la habia cedido su propio lecho, intentaba confortarla, la pobrecilla respondia dulcemente:

—¡Oh, no, yo no me impaciento, yo no me quejo! ¿No es nuestro padre el que está arriba, y no tiene derecho un padre para llamar á cualquiera de sus hijos?

Yo sé que José me espera, y que me he de reunir con él más tarde ó más temprano. ¡Lo que Dios ha hecho está bien hecho! ¡Me conformo con su divina voluntad y bendigo su santo nombre!

Pero es que siento, á pesar mio, que todo mi sér se descompone y que alguien me atrae fuera de mí misma.

Ocho dias estuvo batallando tenazmente el cuerpo con el alma.

Al cabo de los ocho dias el médico declaró que no habia para ella salvacion posible, y ordenó que la dieran el santo Viático.

Cuando la dijeron que la visita del Señor la haria bien, la infeliz comprendiéndolo todo, exclamó anegada en llanto.

—¿Y mi hijo? ¿qué va á ser de mi hijo?

Jesus y el perro no la abandonaban un solo ins-

tante; Jesus á la cabecera de la cama, el perro á los piés; al oir su exclamacion el primero prorumpió en sollozos, el segundo dejó escapar un doloroso y prolongado aullido.

No tenga V. pena por su hijo, exclamó vivamente Teresa; yo tengo seis y haré cuenta que son siete.

María la cogió ámbas manos y se las cubrió de lágrimas y besos.

—¡Quizás sea mejor! murmuró en voz baja. ¿Qué habia de hacer por él una ciega desvalida?

Recibió la visita augusta del Rey de reyes con santo júbilo, y acompañó las preces del sacerdote con uncion y piadoso recogimiento.

Terminada la ceremonia, dijo á las vecinas que la rodeaban:

—Quisiera que me enterrasen en el mismo hoyo en donde enterraron á José y al abuelo.

Luego prorumpió con dolorosa expresion:

—¡Hijo mio! ¡hijo de mi alma! ¡pobre y desventurado hijo mio, ven, abrázame!

Jesus, á quien no habia sido posible arrancar de aquel sitio, se precipitó sollozando entre sus brazos.

—Sé bueno, dijo su madre con infinita ternura; obra siempre el bien, vuelve bien por mal.... bendice á Dios en la felicidad, bendícele al apurar la

copa amarga del infortunio.... Solo así podremos reunirnos todos en el cielo....

Le entregó la estampa que José la habia dado en mejores dias, regalo de la jóven desposada.

—Que el Niño Dios te preserve de todo mal, hijo mio, repuso.

Ama mucho á Teresa, que es tan buena para nosotros; ama mucho á tus nuevos hermanos.... ¿Y el perro? ¿dónde está el perro?

El noble animal, que no apartaba de ella los ojos, pareció comprender que le llamaba, se acercó é introdujo el hocico por entre los brazos de María que sujetaban á su hijo.

—¡Ah, sí! balbuceó ésta, devolviéndole sus caricias; buen perro, perro fiel.... Has salvado una vez á mi niño, lo salvarás siempre.... A tí tambien lo encargo....

Interrumpióse vivamente, y volviéndose hácia el sacerdote que habia juzgado allí oportuna su presencia, le dijo con ingénua candidez:

—¿Es pecado esto?

—¡No, hija mia, no! contestó el sacerdote; tambien los animales deben el sér á Dios, y justo es pagar con gratitud los beneficios que nos proporcionan.

Pero me parece que está V. muy fatigada. Va-

mos, Jesus, hijo mio, si no quieres irte del cuarto, ve á sentarte junto á la ventana y deja que tu madre repose. Abajo, perrillo, abajo; vete con tu amo.

Si V. quiere, María, la leeré algunas oraciones, para que reconcilie más pronto el sueño.

—Sí, sí, respondió con voz apagada la moribunda, conozco que voy á dormir.

Reclinó la cabeza en la almohada.

Al principio acompañó con voz clara las preces del sacerdote, despues su voz se convirtió en un murmullo, despues exhaló un suspiro y quedó inmóvil.

¡Habia muerto!

¡Como habia venido de Barcelona á Madrid en busca de José, habia partido en su busca desde la tierra al cielo!

JESUS.

Habian trascurrido seis años desde los tristes acontecimientos que acabamos de relatar; la casa reducida á escombros se habia reedificado, y nadie, ni aun los mismos que habitaban en ella, se acordaban de la escena de horror y espanto que se habia representado en aquel sitio. Las víctimas de aquella catástrofe se habian dispersado, y entre el torbellino de la populosa capital, nadie se acordaba de preguntar por ellas. ¿Quién se cuida de preguntar por las hojas caidas y sin cesar renovadas de los bosques?

En la misma puerta de San Millan, en donde José obtenia tantos triunfos, cantaba ahora un pobre niño débil y enfermizo.

Daba pena el verle tiritando de frio en el invierno, cubierta la cabeza con una gorra de pelo, dádiva de un alma misericordiosa, con los piés metidos en unos grandes zapatones agujereados, y envuelto en un capote hecho girones. Su rostro, siempre pálido, á veces estaba surcado por las lágrimas; sus

dedos hinchados por el frio, apenas podian hacer resonar las cuerdas de la para él descomunal guitarra. En cambio su voz era muy dulce y argentina, y cantaba con sumo sentimiento las canciones improvisadas por él mismo. No gustaba, como su padre, de los romances que tanto efecto hacian en su grosero auditorio, referentes á lances de amor, hazañas de bandidos ó catástrofes sangrientas, sino de episodios tiernos entre madres é hijos, de vidas de santos y milagros de la Vírgen bondadosa, madre de los desdichados.

Las maritornes y los soldados no le comprendian, y no se paraban á escucharle, dándole solo por compasion alguna limosna.

Al oir su plañidera voz, al contemplar su miserable estado, se renovaban las murmuraciones contra la Providencia.

—¿Por qué vivirá eso? ¿Qué viene á hacer eso en el mundo? decian las gentes al pasar encogiéndose de hombros con soberano desden.

Otros formulaban con más claridad su pensamiento.

—Cuando se ven estas cosas, decian, no se puede ménos de motejar á la Providencia que las permite, y que parece complacerse en perpetuar la pobreza y la desgracia.

No eran los últimos en murmurar los vecinos de su barrio, al verle pasar todas las mañanas agobiado por el malestar y la tristeza.

—¿No hubiera sido mejor que se hubiera muerto con sus padres? exclamaban. Bien lo deciamos nosotros, al presenciar aquella extravagante boda.

Sólo un sér no opinaba como el mundo, un pobre sér irracional, y que no obstante se plegaba mejor á la voluntad del árbitro supremo.

Este era D. Juan, el perrillo de aguas, feo y súcio, que despues de haber salvado la vida á Jesús, se habia consagrado á él con todo el ardor de afectos que distingue á los indivíduos de su raza.

D. Juan acompañaba al niño con una solicitud admirable, le llevaba la guitarra, se echaba sobre sus piés para calentárselos, y dormia solo con un ojo, como suele decirse, alerta siempre para prevenir cualquier ataque imprevisto dirigido contra su amo.

D. Juan no se detenia en examinar si éste estaba cubierto de púrpura ó de harapos, si era hermoso ó feo, si hubiera sido preferible buscar otro amo que le diese comida abundante y habitacion abrigada: solo pensaba en amar y ser amado. ¡Ah! bien dice el antiguo proverbio; si quereis un amigo fiel criad á un perro.

En cambio Jesús correspondia á su acendrado amor con un afecto sin límites. Con el perrillo partia su exigua comida y le hablaba como hubiera podido hacerlo con un compañero querido. Le hablaba de su padre, de su madre, de su abuelo y hasta del Niño Dios al que profesaba una adoracion ferviente.

Teresa habia cumplido su palabra con respecto al pobre huérfano que la habia sido encomendado; pero su posicion no era la misma que ántes. Su marido habia muerto, siguiéndole al sepulcro sus tres hijos mayores, con lo cual habia quedado sumida en la mayor miseria.

Tenia á la verdad un hermano que pasaba por muy rico, dueño de una tienda de ultramarinos situada en frente de su casa; pero aquel hermano, de carácter avieso y duro corazon, la habia rechazado brutalmente, prohibiéndola que pisase los linderos de su tienda.

La infeliz, para dar pan á sus hijos, no habia hallado más arbitrio que ponerse á lavandera.

Jesús entónces comprendió que debia auxiliarla en lo que pudiese, y á pesar de sus ruegos, se decidió á pedir limosna contento si por la noche le era dable llevarla algunos cuartos.

Por lo demás, Jesús no podia considerarse completamente desdichado: habia heredado de sus pa-

dres una imaginacion poética y soñadora, un alma sensible, y hallaba goces inefables en donde los otros suelen hallar tédio y pesadumbre.

No habia nada que llenase su corazon de tan dulce regocijo como el sonido grave y melodioso de las campanas.

—Cuando las oigo, decia, me parece la voz de mis padres que me llaman.

Y pasaba las horas escuchando sus acordes sones, entregado á un embriagador arrobamiento, sonriendo si tocaban á fiesta, suspirando si doblaban por los muertos.

Pero su mayor delicia consistia en entrar en la iglesia, acurrucarse en un rincon y oir los armoniosos acentos del órgano. Entónces creia hallarse en el paraíso, y que aquellas notas eran los himnos que entonaban á las plantas de Dios los ángeles sus hermanos.

Tambien eran para él manantial de inefables goces los domingos, cuando iba al campo con Teresa y con sus hijos.

Allí, si bien tocaba á ratos para que bailasen las muchachas, en lo cual ganaba algunos cuartos, otros, miéntras ellas charlaban ó corrian por la pradera, se recogia dentro de si mismo y prestaba atento oido á todos los ecos de la naturaleza, interpre-

tando á su modo el canto de las avecillas, los murmurios de las aguas y los susurros de la perfumada brisa.

En esos dias solemnes cogia á tientas aquí y allá un ramillete de flores, que secas y marchitas conservaba sobre su corazon hasta el próximo domingo.

¡Cuán pocos comprenden la caridad cristiana tal como debe ser, espiritual y material á la vez, esparciendo al mismo tiempo en torno de sí los frutos de la tierra y las flores del paraíso!

Muchos, cási todos, creen que caridad es arrojar un óbolo pequeño ó grande á los piés del desvalido. Aunque se arrojasen montes de oro al que pide una limosna, no bastarian para que esa caridad nos abriese los brazos del Padre de los humildes en el dia supremo de su juicio.

Una tarde, una mujer que bajaba de un magnífico carruaje, vestida de terciopelo, cubierta de encajes, fué repartiendo con aire altanero é indiferente monedas de plata á los pobres agolpados á la puerta de la iglesia; al mismo tiempo una jovencilla, modestamente vestida, dejó caer en la falda de Jesus una rosa perfumada, suspirando en voz baja:

—¡Ah, no puedo darte más que esto, por que no tengo más! ¡Que Dios te ampare, pobrecito!

Jesus sintió un dulce consuelo descender á su-

alma, puso la moneda de plata en el platillo y la rosa sobre su corazon, y nùnca, nunca jamás olvidó elevar á Dios sus preces por la tierna y piadosa jovencilla.

Otro dia, una anciana de cabellos blancos se paró junto á él, le contempló durante algunos momentos, y luego, inclinándose, depositó un beso en su frente.

—¡Ah, por qué soy tan pobre! murmuró conmovida y pasó adelante.

Pero habia dejado el corazon del niño lleno de dulce júbilo.

—¿No es verdad, D. Juan, le dijo al perro, que esa señora debe parecerse á mi madre?

¡Oh, sí, tiene su voz, y el calor de sus lábios me ha calentado el alma!

En esto volvió atrás la anciana y le dijo:

—Mira, nada puedo y nada tengo. Ha muerto mi marido, han muerto mis hijos, vivo de limosna en una estrecha bohardilla; sin embargo, si algun dia fueras tan desgraciado que necesitáras de otra persona más desgraciada aún, vé á la calle de la Comadre, núm. 13, y pregunta por Mariana.

—Sí, dijo Jesus, sofocado por la emocion; me hace falta cariño. ¡Ah, cuánto daria para poder devolver á V. su cariñoso beso.

La anciana se inclinó vivamente hácia él y ámbos

quedaron por un instante abrazados y confundiendo sus lágrimás, lágrimas dulces, suave rocío del cielo que llenó de santa complacencia sus dos almas.

Y otro dia aún, y este fué el más feliz de su vida, Jesus, deseoso de respirar el aire libre del campo, fué á sentarse al pié de uno de los árboles que adornan el Retiro, y allí dió á los aires su pura voz, cantando una melancólica endecha inspirada por las brisas de la tarde.

Paráronse delante de él para escucharle una señora y un apuesto jovencillo.

—¡Que preciosa estrofa! dijo éste. ¡Cuánta dulzura! ¡Cuánto sentimiento! ¡Ah, pobre niño, no sé cómo canta! Mire V., mamá, que amoratados tiene los dedos por el frio y qué pálidas tiene las megillas!

La señora se acercó más á Jesús, y le preguntó con tono afable:

—¿Quién cuida de tí, pobrecito?

—El Niño-Dios y D. Juan.

—¿Quién es D. Juan?

El perro se encargó de contestarla, por que se incorporó vivamente, sacudió sus lanas súcias, y agitó la cola ladrando con orgulloso alarde.

—¡Ah! ¿este es D. Juan? preguntó el jovencillo con creciente interés; y tú, cómo te llamas?

—Jesus, dijo el ciego.

Madre é hijo se miraron con sorpresa. Este tambien se llamaba Jesús; pero ¡qué diferencia entre ámbos! Quizás tuviesen la misma edad; pero el uno era ya un hermoso adolescente, y el otro no habia dejado de ser niño. El primero era bello, de mirada viva é inteligente, de porte gracioso y elegante. Las rosas de la salud cubrian sus megillas y prestaban una grata animacion á su semblante. Su traje de finísimo paño estaba adornado de ricas pieles. Se conocia que pertenecia á una alta clase social.

Todo esto no le impidió acercarse al niño ciego, y coger entre las suyas sus manos ateridas.

El pobre ciego rompió á llorar de gratitud y de ternura.

—No te aflijas, exclamó el jovencillo, tambien el niño Jesus, Salvador del mundo, quiso nacer en un establo y en pobrísimos pañales.

Mamá, añadió dirigiéndose á la señora, la tarde, aunque fria, está hermosa. ¿Quiere V. que nos sentemos un poco sobre este ribazo? Quisiera que el cieguecito me repitiera su bella cancion. ¿Quién te la ha enseñado?

—Nádie.... Yo la he discurrido de pronto oyendo á los pajarillos cantar su himno de la tarde.

—¡Ah! murmuró el aristocrático mancebo, tú has nacido poeta.

Madre é hijo se sentaron junto al ciego; y D. Juan, que adivinó en ellos personas amigas, fué á lamerles las manos y á colmarlos de caricias. Despues quedó inmóvil, atento, como si tratase de comprender lo que se hablaba.

Jesus repitió su cancion, y cantó otras muchas, todas compuestas por él, que el jovencillo escuchaba con profundo recogimiento unas veces y otras con entusiasmo.

Otras veces sacaba su cartera y las anotaba en ella con el lápiz.

—Mamá, decia tambien á veces, no hay más poesía que la que brota del corazon, que la que nace del sentimiento. Este niño es un poeta, ¿llegaré á serlo yo nunca?

El que hablaba así era un niño ya célebre no solo en España, sino en toda Europa, en donde se leian con asombro y entusiasmo sus bellas producciones: pero el verdadero talento es modesto, porque no se ocupa de su propio mérito ni del efecto que produce, sino de realizar el bello y grandioso ideal que flota delante de sus ojos. Aguila en el pensamiento, que sabia remontarse hasta Dios y abarcar al universo con su mirada penetrante, era cándida paloma en

los dulces afectos del alma, y nádie le ganaba en mansedumbre, humildad y ternura.

Toda la tarde conservó la mano del ciego entre las suyas, como hubiera podido hacerlo con un hermano ó un compañero de colegio, y cuando se trató de retirarse detuvo con un ademan expresivo, lleno de gracia y de nobleza, á su madre, que iba á dar al mendigo una limosna.

—Mira, le dijo, tendria mucho gusto de que cantaras una cancion que voy á componer ahora mismo. Supuesto que pides á la puerta de San Millan, mañana á las once iremos á misa allí, y te ruego que la recuerdes y la cantes.

Se puso de pié, y con la frente erguida y ojos centellantes, improvisó una trova al encuentro de dos almas hermanas que se reconocen al punto y se confunden formando solo un alma.

Entre sus inspiraciones y las de Jesus habia una diferencia enorme: ámbos poetas, el canto del primero se asemejaba al del cisne, y el del segundo al arrullo de la tortolilla agreste de los bosques. Los ecos enmudecieron al oir los ecos de la voz sonora del inspirado jóven, y hasta los pajarillos se asomaron por entre las ramas, absortos al oir las sublimes melodias de su canto.

—No he querido que le diese V. una limosna, le

decia el entusiasta mancebo á su madre, al internarse con ella por las calles de Madrid, porque he formado un proyecto.

Con darle algunas monedas no se adelanta nada. Quisiera encargarme de su suerte. Quizás la pátria me deba un poeta esclarecido. Pero no he querido decirle nada sin contar con su permiso de V., madre mia.

—¡Lo tienes, lo tienes! exclamó llena de júbilo la dichosa madre. Todos tus proyectos, todas tus aspiraciones son nobles y generosas; Dios te bendiga, hijo mio. Mañana cuando vayamos á San Millan se lo propondremos.

Mañana, ¡ah! ¿qué es el mañana? ¡Siempre contamos con él, y no es más que una burbuja de agua que se disipa al menor soplo del viento!

El niño mendigo entretanto regresaba á su tugurio con paso rápido y seguro. El corazon no le cabia dentro del pecho. Habia hallado quien le comprendíera y le estimara. Al lado de aquel generoso jovencillo no era un pobre, es decir, un objeto, una cosa, un sér sin corazon ni pensamiento, á cuya vista solo se piensa en sus harapos, solo se compadecen sus privaciones materiales, sin que nadie se acuerde de que tiene un alma. Un pobre es para la generalidad casi lo mismo que un perro; dándole

sano alimento y abrigada habitacion, se cree que se ha hecho todo. Hasta los que hablan á un pobre con urbanidad, que son los ménos, su tono compasivo encierra menosprecio. Se cree instintivamente, y sin darnos cuenta de ello, que es de otra raza distinta que la nuestra, que existe entre nosotros y él una valla infranqueable. Que nosotros tenemos derecho á todo y él no tiene derecho á nada, y si despues de haber satisfecho sus necesidades primeras le oimos suspirar, exclamamos llenos de asombro, ¿pues qué quiere?

¡Ah! el pobre quiere, además del pan cotidiano, la consideracion y el afecto; quiere que el rico le considere como su hermano en Jesucristo, y que no olvide jamás aquel sublime precepto del Salvador del mundo: *Reverenciad al pobre como si fuese yo mismo, porque cuanto hagais con él supondré que lo habeis hecho conmigo.*

Jesus al dirigirse á su casa se sentia regenerado, fortificado, enaltecido. Sentia que era un hombre, y que como los demás hombres, podia, por medio de sus facultades intelectuales, conquistar un puesto honroso en la sociedad. Mil extraños pensamientos bullian en su mente enardecida, é iba repitiendo con entusiasmo la cancion que le habia enseñado su nuevo amigo, y miéntras la repetia, de sus ojos sin

luz brotaban lágrimas de complacencia y de ternura.

D. Juan parecia participar de su contento, porque corria delante de él agitando con orgullo la cola ó daba saltos á su lado acompañados de ladridos de alegría.

Mas ¡ah! cuando Jesús llegó á su casa le heló la sangre en las venas un confuso concierto de lamentos. Niños que lloraban, hombres y mujeres que hablaban todos á la vez lamentando una desgracia.

¿Qué habia sucedido?

Jesús despues de detenerse algunos momentos en el rellano de la escalera, penetró en la bohardilla que estaba llena de gente.

—¿Tambien tú? gritó una voz estentórea con brutal violencia. Ea, largo de aquí, que me basta y me sobra con los otros.

¿Tengo yo la culpa de que mi hermana se hubiese casado con un albañil haragan y vicioso? ¿Tengo yo la culpa de que ella se haya caído al rio y se la haya llevado la corriente? ¿No tengo yo á mi mujer y á dos hijas de mi mujer, para vestirlas, calzarlas y mantenerlas? Con que ¿por que haya ganado algunos miserables reales con el sudor de mi frente, he de tener la obligacion de cuidar á los hijos de todo el mundo?... ¡Que vayan al hospicio!

Aunque habia allí mucha gente, la voz de aquel

hombre resonaba sola en la estancia. Iba y venia de un lado á otro, gesticulando como un poseido, derribando las sillas, golpeando los muebles y las paredes.

Parecia una tempestad que pasa rugiendo sobre nuestras cabezas, helándonos de espanto.

¡Ah! aquella tarde tan serena y poética habia presenciado, no obstante, una catástrofe horrible. ¡Una pobre mujer, madre de tres hijos, espirando á la vista de sus desoladas compañeras! La infeliz Teresa habia querido coger una prenda de ropa que la arrebataban las aguas, habia perdido pié y habia caido al rio. Las aguas se abrieron para recibirla, y la cubrieron con su plateado manto, volviendo á deslizarse tranquilas y á murmurar como si no hubiesen privado de su apoyo á tres desventuradas criaturillas.

Aunque muchos de los circunstantes se hubiesen arrojado al rio para salvarla, solo pudieron sacar su cuerpo ya sin vida.

En el lugar de la catástrofe se habia constituido el juzgado, y un agente de la autoridad habia ido á advertir á D. Homobono Martinez, hermano como hemos dicho, y único pariente de la difunta, para que fuese á hacerse cargo de sus sobrinos.

Avaro, brutal y cruel, la sola idea de echar sobre

sus hombros semejante carga le ponia fuera de sí.

—¡No, no, decia con creciente furia, no puedo, no quiero, no les daré ni un solo ochavo, ni una sola escudilla de sopa! ¡El hospicio es grande y cabrán en él!...

Aquel era el hombre de los contrastes; se llamaba D. Homobono, y no podia hallarse otro más malvado que él; era grueso, pesado, de buen color, y solo se albergaba la hiel en sus entrañas.

Los vecinos atemorizados con aquellos gritos y aquellos denuestos, fueron desfilando uno á uno, abandonando cobardemente la causa de la debilidad y la desventura.

Y es que D. Homobono era muy temido en el barrio, porque además de su comercio especulaba con los escasos recursos de los pobres. Les fiaba toda la semana, cobrándoles el domingo veinte por uno. Y eso si le pagaban puntualmente, porque sino sus exigencias crecian á medida que pasaba el tiempo.

El que ponia una vez el pié en su tienda, era como el insecto que dá en la complicada red de una araña tejedora.

Y no obstante, todos los vecinos pobres del barrio ponian el pié en aquel odioso antro de latrocinios y maldades.

Y era que nadie se prestaba con tan buena volun-

tad como D. Homobono á venderles al fiado cuando no tenian otro medio de dar de comer á sus familias.

Su tienda era una verdadera arca de Noé, en donde se vendia desde el pan y la carne, hasta lás cintas y las agujas.

Atento solo á su negocio, fijo en el solo y exclusivo objeto de desplumar al prójimo, D. Homobono tenia el arte de disimular su mal carácter y atraerse los parroquianos.

Gastaba chanzas picantes con las muchachas, adulaba á las señoras, contaba graciosos chascarrillos á los viejos, y no tenia opinion política.

Así eran muchos los hombres que por las noches iban á su tienda, á pasar el rato y á beber alegremente un cuartillo de vino.

Bien sabian que aquel hombre de grandes mofletes encarnados y sonrisa bonachona en los lábios, ocultaba un corazon depravado y podia el mejor dia ir á presidio; pero lo pasaban bien á su lado y no se ocupaban de más.

Aun que él hablaba mucho de su mujer y se escudaba con su mujer para negarse á cualquiera peticion que le hiciesen, lo cierto es que su mujer, que pasaba casi todo el año en la cama por su falta de salud, no tenia ni voz ni voto en la casa, y en cuanto á sus dos hijas, servian de criadas, deseando por

momentos que alguna alma compasiva las sacase de su miserable estado.

Sea porque hallasen solaz en su tienda ó porque le debiesen, nadie se atrevia á disgustarle, y hé aquí la razon por la que los vecinos se hubiesen ido retirando prùdentemente, dejándole solo y gritando á su sabor, temerosos de enredarse en algun grave compromiso.

Pero si ellos abandonaban cobardemente la causa del infortunio, no así D. Juan, que como si comprendiese lo que pasaba, soltó un sordo gruñido.

Detúvose en sus furiosos paseos D. Homobono, atónito de que alguien, siquiera fuese un perro, levantase la voz en su presencia, y por via de desahogo, le dió un violento puntapié.

Pero no sabia con quién se las habia, porque el perrillo, ofendido en su dignidad, se abalanzó á él y le desgarró el pantalon.

No necesitaba más que un átomo la cólera del tendero para convertirse en locura.

—¡Ah! tú azuzas al perro contra mí, ¡pícaro, infame!... gritó corriendo hácia Jesùs, inmóvil en un rincon.

Le arrebató la guitarra de entre las manos, la arrojó contra el suelo y se subió encima, haciéndola pedazos, y aun no contento con esto, en medio de

su vértigo descargó sobre las mejillas del inofensivo ciego dos tremendos bofetones.

Mala consejera es la cólera, y en aquel instante tuvo que experimentarlo en daño suyo.

D. Juan, que vió rota su querida guitarra, que vió pegar á su amo, se tiró de nuevo sobre el tendero; pero esta vez no se limitó á rasgarle los pantalones, sino que haciendo presa en él, le mordió á derecha é izquierda, arrancándole la carne.

Chilló D. Homobono, chillaron los niños, volvieron á subir en tropel los vecinos, subieron las gentes que pasaban por la calle, armando entre todos tal tremolina, que tuvieron que acudir los agentes de órden público.

Cuando estos acudieron, un tabernero establecido en la misma calle, hombre fornido y de pelo en pecho, como suele decirse, que debia su fortuna á D. Homobono, ya se habia apoderado del enfurecido D. Juan, y cortando por lo sano, abrió la ventana y lo arrojó á la calle, apesar de que Jesús, agarrado á él, le suplicaba entre lágrimas que le devolviese á su amigo.

—Nó; ya no hará daño á nádie, dijo brutalmente el tabernero, la ventana es alta y se habrá despanzurrado al llegar abajo:

—Señores, dijo D. Homobono á los agentes, amo-

ratado de rabia y con los ojos fuera de sus órbitas, es preciso que lleven Vdes. ahora mismo á ese pícaro al Saladero. Ha azuzado al perro contra mí, le ha hostigado para que me maltratase... Vean ustedes el estado en que me encuentro...

Y levantando los pantalones, enseñaba sus piernas destrozadas y cubiertas de sangre, lo mismo que sus manos.

—Nada, nada; llévenle Vdes. para que escarmiente; mañana será otro dia. ¿No es verdad que azuzaba al perro contra mí? preguntó á los circunstantes, que no habian podido ver nada por hallarse ausentes, pero que no se atrevieron á contradecirle.

¡Ay, pobre, pobre niño que ha perdido cuanto poseia en el mundo, su madre adoptiva, su perro, su guitarra! ¡Ay, desventurado Jesús, condenado á triste reclusion, sin que nádie pueda ir á recoger sus lágrimas amargas!... Y, no obstante, la noche era tranquila y poética, como lo habia sido la tarde, y la luna subia majestuosamente al cénit, cubriendo con su velo de plata las escenas de luto y desolacion que se representaban en la tierra!...

LOS ÚLTIMOS CANTOS DEL CISNE.

¿Habeis asistido alguna vez á la toma de un grado en la Universidad? ¿Habeis visto por un lado al jóven graduando y á su familia, llenos de mortal zozobra; por otro los graves doctores que constituyen el cláustro, todos encanecidos, todos eminencias en el saber, que infunden en el alma temor y respeto á un tiempo; y, por último, el público, curioso más que interesado, dispuesto á motejar ó á aplaudir con la misma indiferencia que si se tratase de un espectáculo, y no del solemne acto que debe decidir de la vida y del porvenir de un jóven?

Momento supremo aquel en que debe perderse ó ganarse el fruto de tantos años de estudio, de privaciones y sufrimientos.

El paraninfo de la Universidad estaba lleno de convidados, pudiera decirse que toda la buena sociedad de Madrid se habia dado cita en aquel sitio, porque el graduando, además de pertenecer á una

clase distinguida, era muy conocido por sus bellas obras literarias.

El jóven graduando era el segundo Jesús, el amigo y protector del cieguecito, y tan seguros estaban sus conocidos del triunfo que iba á alcanzar, que ya le anticipaban plácemes y enhorabuenas.

El cuadro que ofrecia el salon era imponente.

En el fondo se levantaba un estrado, y en el centro de este, bajo un dosel de terciopelo y sentados á una mesa cubierta tambien de terciopelo, el Rector y el padrino del graduando, los doctores sentados á los lados en dos filas, abajo el público, cuyas cabezas se movian como las espigas de los campos cimbreadas por el viento.

El graduando de pié, enfrente de la mesa de la presidencia, y sobre otra mesa la borla de doctor, premio destinado á sus desvelos.

¡Cuán hermoso estaba en aquel momento con las mejillas encendidas y los ojos centelleantes por la emocion que le embargaba el alma.

Empezó su discurso cási en voz baja, pero poco á poco fué enardeciéndose, y olvidando al mundo entero, se entregó de lleno á la inspiracion, que con vuelo audáz le arrebataba á otras esferas.

Parecíase al cefirillo que empieza agitando ligeramente las hojas y acaba llenando de armonías el

bosque; parecíase al sol, que asoma sin rayos por entre los cortinajes de la aurora y acaba inundando de luz el universo.

Las palabras brotaban de sus lábios como cascada de aguas puras y cristalinas que refrescan los corazones; sus conceptos eran tan elevados, que era preciso que sus oyentes se recogiesen dentro de sí mismos para comprenderlos y admirarlos. Olvidando la solemnidad del acto, los hombres se levantaban apesar suyo, las mujeres agitaban sus pañuelos, y hasta los doctores, conmovidos y entusiasmados, perdian su gravedad acostumbrada.

¿Y qué fué entónces de la dichosa madre?

¡Ah! ¡qué felicidad la de aquella que asiste ébria de orgullo, al triunfo de su hijo, que vé abrirse de par en par delante de su hijo, las puertas de la gloria: su hijo, la carne de su carne, el alma de su alma!

¡Oh! ¡qué felicidad para una madre verse reproducida y perpetuada en un sér jóven, bello, destinado á ser el tronco de otras mil generaciones, el padre de otros pequeños séres que rodearán su ancianidad embelleciéndola, como las enredaderas que se enroscan en torno del añoso roble, cubriendo su desquebrajada corteza de capullos y de flores.

Quizás la feliz madre, en aquel supremo instante,

veia como en un espejo mágico á su hijo coronado de laureles, llevando al altar á una púdica jóven, que seria otra hija para ella; quizás vió cruzar por delante de sí á un enjambre de amantes nietecillos, y aun creyó oir sus voces argentinas y sus francas carcajadas.

¡Ah! no tiene alegrías el mundo como las que puede sentir y contener el corazon de una madre que asiste al triunfo del hijo de sus entrañas.

Casi á través de un velo explendoroso, y sin darse exacta cuenta de lo mismo que contemplaba, vió que colocaban en la cabeza del apuesto jóven la borla de doctor, vió la presentacion del nuevo doctor al cláustro, el fraternal abrazo que nunca habia sido más fraternal y espontáneo, y solo volvió en sí, solo la arrancó de su éxtasis el movimiento de los concurrentes al ponerse de pié, al sentir sobre su mano los lábios respetuosos de su hijo, que inclinaba ante ella, débil mujer, su frente coronada de laureles.

Entónces miró furtivamente en torno de sí, y vió á otras madres contemplándola con envidia, y á las bellas jovenes, con los ojos fijos en tierra, pero bañadas en llanto las mejillas.

Aun que los aguardaban numerosos coches á la puerta de la Universidad, la feliz madre quiso volver á pié á su casa apoyada en el brazo de su hijo.

¡Estaba la mañana tan expléndida, era tan brillante el sol, tan perfumado el ambiente! Le parecia que todos los que pasaban la miraban, y que en todos los lábios vagaba una gozosa sonrisa. Sus parientes y amigos iban detras de ellos hablando entre sí, y sus voces le parecian dulces acordes dimanados de los cielos.

No oia sus palabras, pero estaba segura de que hablaban de su hijo, le parecia que debia hablar de su hijo todo el universo.

De repente Jesus retrocedió asustado. Un perro de lanas feo y cojo se habia abalanzado á él con ímpetu, poniendo sobre su pecho sus patas delanteras manchadas de barro, sin respeto hácia su rico traje.

Quizás creyéndole rabioso uno de la comitiva le asestó un palo; pero el perro, si bien soltando un quejido de dolor, volvió á la carga, impidiendo al jóven que prosiguiese su camino.

Nada tenia, sin embargo, de hostil su brusca acometida, y lejos de eso fijaba en Jesus miradas suplicantes.

—¡Este perro me conoce!... exclamó el jóven. ¡Parece querer algo de mí!... ¿Qué perro será este?

—¿No era un perro de aguas el que tenia aquel

cieguecito á quien jamás pudimos volver á encontrar? observó su madre.

—¡Ah, sí! ¡D. Juan! exclamó Jesus.

Al oir este nombre, el perro empezó á dar saltos, á pesar de su pata coja, entregándose á todos los extremos de una delirante alegría.

Porque era en efecto D. Juan al que la Providencia habia salvado la vida, porque él tambien tenia que cumplir aquí abajo otros más altos fines.

D. Juan, que en vez de caer á la calle habia caido al balcon del cuarto tercero de la casa, librándose así de una muerte segura, aunque con la pérdida de una pata.

La inquilina del cuarto tercero era una buena mujer que le curó, dándole despues libertad, y desde entónces el pobre animal, convertido en perro vagabundo, recorria las calles de Madrid en busca de su amo, durmiendo en el quicio de las puertas y alimentándose del modo que podia.

—¿En dónde está tu amo? le preguntó Jesus, devolviéndole sus caricias.

Cesaron al instante las manifestaciones de loca alegría á que se entregaba D. Juan; agachó la cabeza, metió el rabo entre piernas, y permaneció inmóvil, triste y silencioso.

—¡Ah! exclamó Jesus, ¡nunca hay en el mundo

felicidad completa! ¡Sin duda el cieguecito ha muerto! Pero ven conmigo, noble y fiel animal: yo te daré hospitalidad y cuidaré de tí mientras vivas.

Desde aquel dia, Jesus salió á paseo todas las tardes con D. Juan, ya lavado y perfumado, y que á pesar de su cojera no carecia de soltura y gracia.

Animábale la esperanza de que quizás el fiel animal le conduciria al sitio donde se ocultase su amo.

—No debe haber muerto, le decia á su madre, porque si fuese así, hubiera intentado llevarme al cementerio, supuesto que le dejo á él la eleccion del paseo. Lo que me parece es que le busca; pero me sorprende que á cualquiera parte que va, siempre pasa por la misma calle: una calle estrecha y fea llena de casas miserables. Hé preguntado en la única tienda de ultramarinos que hay en ella, que es en donde suelen tener el alta y baja de todo el vecindario, y no me han sabido dar razon.

De todos modos, ¿quién sabe si al fin le encontraremos?

A pesar de estas esperanzas, se pasó más de un mes sin obtener resultado alguno.

Empezaba ya el jóven á desalentarse, cuando al pasar una tarde por la estrecha callejuela vió reunida mucha gente á la puerta de la tienda de ultramarinos, y en medio del grupo un hombre que for-

cejeaba para desprenderse de los agentes de órden público, que intentaban llevarle preso.

Blasfemaba él, gritaban los hombres, chillaban las mujeres, diciendo:

—¡Pícaro, tunante! que vaya al Saladero. ¡Demasiado ha engordado chupándonos la sangre! ¡Monedero falso tambien! ¡Bueno es que le hayan descubierto todas sus tramoyas y le pongan donde jamás pueda volver á ver el sol!

Aquel hombre vilipendiado era nada ménos que D. Homobono, tan temido en el barrio; pero del árbol caido todos hacen leña, y no hay como el pueblo, vehemente é impresionable, para pasar sin transicion de un extremo á otro.

El jóven, á quien no interesaba aquel espectáculo, quiso proseguir su camino, pero en vano llamó al perro distintas veces, hasta amenazándolo, porque éste, lejos de hacerle caso, se deslizó cautelosamente detras de los agentes, que al fin se llevaban á D. Homobono preso.

—Quién sabe, pensó Jesus, si en esto habrá algun misterio en que esté envuelta la suerte de mi amigo.

Decidió seguir él tambien á los agentes.

Llegaron estos al Saladero, entraron, y tras ellos se deslizó D. Juan.

El jóven se recostó en un árbol, y aguardó.

Los agentes volvieron á salir al cabo de un rato, pero solos.

Resuelto á penetrar aquel misterio, Jesus se quedó en acecho durante muchas horas. Por fin, cerca ya del anochecer, vió salir al perro, que corrió hácia él, pero no ya con las orejas gachas, sino dando saltos y ladridos de alegría.

—¿Está ahí, no es verdad? ¿está ahí? ¿le has visto? exclamó Jesus con júbilo. ¡Alienta, alienta, noble animal, le sacaremos!

LA TORTOLILLA SOLITARIA.

¿Qué es un niño? ¿qué es un ciego? ¿qué monta un sér tan insignificante para los felices de la tierra, preocupados con sus múltiples negocios, con sus diversiones, con sus planes de prosperidad y gloria?

Muchas veces habia cruzado la luna por el firmamento, desde aquella noche poética en que habia alumbrado la desgracia del infortunado ciego, sin que nadie se hubiese vuelto á acordar de que existia.

Estaba allí, puede decirse, solo consigo mismo, pues no le gustaba alternar con la multitud de pilletes, encerrados como él en un departamento del Saladero, y que lejos de pensar en corregirse, ideaban mil perversas travesuras, para cuando recobrasen la libertad, enseñándose unos á otros las mil arterías del oficio que profesan los truhanes y ladrones.

¡Oh, madres, madres, que saludais el sol en esta populosa villa, junto á la cuna de vuestros queridos pequeñuelos! ¿Es posible que no consagreis un re-

cuerdo á los hijos de los pobres, y que no reunais vuestros generosos esfuerzos para mejorar su condicion?

Entre los suntuosos edificios de Madrid, no hay un solo recinto destinado á hospital para los niños enfermos, que no puedan ser asistidos en sus casas, porque sus madres necesiten salir á ganar su pan de cada dia, ó porque falten en ellas la salubridad y los medios para hacerlo; no hay una casa de correccion en donde escarmiente el niño que por primera vez ponga el inocente pié en la senda del mal, que quizás más adelante le conduzca al patíbulo, si no se procura que se detenga á tiempo. Hay, es verdad, algunas escuelas gratuitas; pero en ellas los maestros, mal retribuidos, no piensan más que en cubrir las apariencias del deber, y ahí está todo cuanto hacen los poderosos, los felices, por los niños de los pobres. Se piensa algo en los adultos; no se piensa nada en los tiernos parvulillos que serán hombres mañana, y que tendrán en sus manos los destinos de la sociedad y de la patria.

Á este descuido extraño é imperdonable se debe que los campos santos estén poblados de cadáveres de niños pobres; que el mundo esté poblado de malhechores.

No se reverencia bastante á la santa infancia, no

se rodea á la santa infancia de bastantes cuidados para preservarla física y moralmente del mal, siempre en acecho para arrastrarla consigo á sus tenebrosos antros.

La caridad cristiana arrojada del mundo por la hipócrita filantropía, ha dejado yermo el suelo. La filantropía ha sembrado de hojarasca los campos en donde antes germinaban los sabrosos frutos plantados y fecundados por la adorable caridad cristiana.

Ahora se dan bailes, se organizan rifas, se pide con ostentacion á las puertas de las iglesias, se multiplican pomposos decretos sobre beneficencia, se habla mucho en todas partes de socorrer á los pobres, pero lo cierto es que estos abandonados, envilecidos, hambrientos, mueren hacinados en sus infectas bohardillas, víctimas de las privaciones y de horribles sufrimientos. Y así no hay bastantes cárceles para contener á los desgraciados que solo hallan salvacion en el camino de la deshonra y el crímen..

Tal vez pensaba en todo esto Jesus en las largas horas que pasaba sentado en un rincon, con la cabeza apoyada entre sus manos.

La suma mayor de desgracia que pesaba sobre él, le habia arrancado violentamente de las regiones de la poesía, en donde antes flotaba su alma. Ya no

pensaba en componer endechas, sino en meditar sobre la desgraciada condicion de los pobres, que podia ya estudiar bajo todas sus horribles fases.

Parecia el infeliz un sér sin alma: iba y venia como una sombra de la sala de reclusion al patio, comia lo que le daban, y sufria con estóica indiferencia el maltrato de sus guardianes y las burlas de sus traviesos compañeros.

Habia muerto Teresa, y carecia de todo apoyo en este mundo; los niños de Teresa, de los cuales dos eran niñas, estarian en el hospicio, y nada podian hacer por él.

Le faltaba su guitarra, le faltaba el perro, su amoroso y fiel amigo.

Su guitarra estaba rota; su perro habia muerto. El al ménos lo creia.

Hasta de noche despertaba sobresaltado, pareciéndole oir el ruido de la guitarra al romperse; el estrépito producido por la ventana al abrirse.

Hubiera deseado morir, si Dios apiadándose de su desgracia, le hubiese llamado á sí, y sus ojos privados de luz, solo buscaban y anhelaban divisar la luz explendorosa de los cielos.

Pasaba casi todo el dia rezando, y rezaba particularmente por la jovencilla que le habia dado una flor, por la anciana que habia sellado su frente con

un beso, y sobre todo por aquel otro Jesus que se habia dignado escuchar con tanta complacencia sus toscas canciones, que habia tenido cogida su mano entre las suyas, respetando su indigencia, tratándole como á un hermano en Jesucristo.

Recordaba con entusiasmo, y repetia con piadoso recogimiento la bella estrófa que él le habia enseñado durante aquella última tarde de su dicha, porque como dichosos recordaba los años que habia pasado cantando á las puertas de la iglesia aterido de frio ó abrasado de calor, pero teniendo al ménos lecho sobre el cual descansar y personas que le amasen.

Cuando estaba muy triste, procuraba recordar el augusto templo en donde oran prosternados y confundidos, grandes y pequeños, á los piés de Aquel que es padre amoroso de todas sus criaturas.

Recordaba el murmurio suave de las preces, las melodías del órgano, el sonido armonioso de las campanas, y sonreia al través de sus lágrimas.

No todos los muchachos que allí habia se mostraban con él crueles ó burlones.

En cualquiera reunion de niños ó de hombres, siempre hay uno que domina á los demás por su travesura ó su talento. El que podia llamarse jefe de los muchachos reclusos, tenia por nombre Esté-

ban, aunque sus compañeros le daban el de lobo por su astucia, por la destreza con que les escamoteaba su parte de almuerzo ó comida, y por el despótico dominio que pretendia ejercer, y ejercia en efecto, sobre ellos.

Pero por lo mismo que Estéban se sentia fuerte, gustaba de protejer al más débil é inofensivo de sus compañeros. Le defendia contra los ataques de éstos, y aun partia con él la racion que les quitaba.

Á veces gustaba de sentarse á su lado y de entablar con él largas pláticas.

—Estoy aquí, decia á Jesus, porque he robado una docena de granadas que estaban en una esportilla puestas á la venta. Tenia una hermanita que se estaba muriendo, y siempre pedia agua, porque se abrasaba de sed. Creí que las granadas, refrescando su paladar, podrian curarla. Sí; cogí las granadas por eso; pero cuando salga de aquí ya no serán granadas las que robe, sino otras muchas y mejores cosas.

—¿Y tu madre? exclamó Jesus la primera vez que oyó este relato; ¿no tienes madre?

—¡Si tengo madre! La pobre no está para pensar en nosotros. Gana con mucho trabajo su jornal, y si no lo lleva á casa por la noche, mi padre la pega de lo lindo. Mi padre casi siempre está borracho, y

se divierte en pegar á mi madre y á mis hermanos. A mí no, que soy fuerte y atrevido, y me tiene miedo.

—¿Por qué no aprendes un oficio, tú que tienes vista?

—Qué quieres? He crecido en medio de la calle, me he enseñado á holgar...

Necesitaria tener quien me animase, quien me fortaleciera con sus prudentes consejos, para romper con los malos hábitos... No obstante, mi padre me lleva consigo á trabajar, que es albañil, pero además de no gustarme el oficio, pasamos más tiempo en la taberna que en la obra.

—¿Y tu hermanita enferma?

—¡Ah! no me hables de ella si no quieres entristecerme. Su mal no era grave; el médico lo habia dicho; un constipadillo y nada más.

Pero figúrate, en una bohardilla llena de grietas y respiraderos, acostada en un gergon, y teniendo por único abrigo una manta hecha pedazos. Yo iba con mi padre, mi otra hermana, que ya es una jóven, al obrador, mi madre á asistir á las casas.

La pobrecilla quedaba sola, encerrada, sin nádie que la cuidase. Cuando más entraba alguna vecina á quien mi madre solia dejar la llave del cuarto. Esto si podia... ¡Mi hermanita se fué al cielo!...

Y Esteban, cuando hablaba de esto, siempre rompía á llorar...

—Es bueno, pensaba Jesús conmovido. ¡Cuán fácil, cuán fácil seria conducirle de nuevo por la senda del bien!

Y con generoso entusiasmo se complacia en formar planes para organizar un asilo en donde se prestasen los cuidados necesarios á los niños enfermos, ó recibiesen sábio correctivo los extraviados, más que por su mala índole, por falta de buena educacion.

—Si alguna vez salgo de aquí, se decia á sí mismo, prometo consagrar toda mi vida á este objeto. Procuraré allegar algun dinero con las limosnas, privándome hasta de lo necesario, alquilaré una casa, pondré algunas camitas, primero cuatro, luego diez, luego veinte, luego... ¿quién sabe?

Sí; á los niños pobres les hace falta quien los cuide, si están enfermos, cuando sus madres no pueden hacerlo. La idea de mi asilo es una hermosa idea... Yo la iniciaré, y otros más poderosos que yo la llevarán á cabo.

Dicen que la fé puede levantar las montañas y trasportarlas de un lado á otro; yo tengo una fé inmensa, inquebrantable...

Dicen, muchas veces me lo repetia mi abuelo, que una sola gota de agua llega á taladrar una roca,

si cae incesantemente sobre ella. Soy pequeño, pero Dios es grande; acudiré á Dios, y Él vendrá en mi auxilio. Acudiré tambien á las señoras. Yo sé por experiencia que en el corazon de la mujer siempre hay algo que responde, cuando se les habla de los pequeñuelos.

De todos modos, yo sembraré la semilla, y el tiempo se encargará de fecundarla.

Pero necesitaria, para que mi empresa tuviese buen éxito, asociarme á una mujer. ¡Solo una mujer puede cuidar á los niños!

¡Ah! sí, Mariana, la pobre viuda: debe ser muy buena, y está como yo, sola en el mundo!... Calle de la Comadre, núm. 13, ¡bien me acuerdo!...

¡Ah! si volviese á encontrar á aquel jóven poeta tan noble, tan generoso...

Yo sé que él participaria de mi entusiasmo y me ayudaria á realizar mi proyecto.

Y distraido y halagado con estas ideas que él mismo graduaba de insensatas en sus ratos de desaliento, contaba Jesús con ménos tristeza las largas horas de su cautiverio.

Una tarde que estaba sentado en un rincon, y paseándose como siempre por los campos floridos y dilatados de la fantasía, oyó un gran tumulto entre los muchachos.

—¡Dale, dale! gritaban todos á la vez: ¡Vaya un perro feo, y cojo por añadidura.

—¡Un perro! exclamó Jesús vivamente. ¡Oh, no, por Dios, no le hagais daño!

—Echadle, pero no le hagais daño, que Jesús no quiere, gritó Estéban con estentórea voz.

Obedeciéronle los muchachos como tenian de costumbre, y renació la calma; pero Jesús ya no pudo entregarse á sus ensueños favoritos, renovado en su corazon el dolor de la pérdida de su amigo.

Aquella noche no durmió, y por la mañana se levantó con los ojos hinchados de llorar.

Pero como la vida es un encadenamiento incesante de sucesos prósperos y adversos, aquel dia que habia amanecido tan triste para él, fué el último de su cautiverio.

Por la tarde sus guardianes fueron á buscarle y le entregaron á un digno sacerdote que habia ido á reclamarle de órden de la autoridad.

Cuando el sacerdote y Jesús, que no sabia lo que le pasaba, iban á trasponer los umbrales del sombrío edificio, tuvieron que detenerse para dejar pasar á un hombre que salia á su vez, custodiado por dos guardias civiles.

—Sí, decia aquel hombre con arrebatada cólera, me condenarán á presidio, lo sé; pero otros muchos

tendrán que ir á hacerme compañía. Me alegro de que me tomen declaracion, me alegro; cantaré claro.

Reparó en Jesús, y se detuvo exclamando en el colmo de la ira.

—¡Ah! ¿eres tú el pillete que me hizo morder las pantorrillas por el perro? ¡Ah! tú sales de la cárcel, y yo, D. Homobono, el tendero más rico del barrio, tendré que ir á presidio! ¡Más siento que el ir á presidio ver que tú sales de la cárcel!

LA CORONA DE CIPRÉS.

¿Qué se han hecho las doradas espigas que se balanceaban sobre los verdes campos, encerrando en su seno el pan del pobre? ¿Qué se han hecho los copudos árboles cubiertos de flores, esperanza del labrador que veia en ellas abundante cosecha de sabrosos frutos? ¿Qué se han hecho los alegres pajarillos que ya empezaban á formar sus nidos en la enramada? ¡Ah! la tempestad ha pasado rugiendo por el horizonte, tronchando las espigas, derribando los árboles, dispersando á los asustados pajarillos... Hace un instante brillaba el sol en todo su esplendor, y ahora el cielo está cubierto de nubes, el paisaje, antes risueño, mudo y sombrío, parece haberse convertido en un vasto cementerio.

¡Ay, que la vida y la muerte se reducen en este valle de lágrimas á un solo punto! ¡Ay, que á un solo punto se reducen el dolor y la alegría!

¡Los que ayer se sentaban felices y rebosando sa-

lud al banquete de la vida, hoy duermen el postrer sueño en el callado hueco de una tumba!

¡Los que ayer abarcaban con su pensamiento el universo, hoy son pasto y juguete de un miserable gusanillo!

Una sola gota de sangre ha bastado para oscurecer y anonadar la inteligencia poderosa que prestaba su mágica luz á otras inteligencias; una sola gota de sangre ha bastado para paralizar aquel corazon magnánimo que latia á impulsos de tan nobles y levantados sentimientos...

¿Por qué? ¿Por qué la muerte siega así las vidas? ¿Por qué la tempestad asola así los campos?

¿Qué es la muerte? ¿Qué es la tempestad? ¿Quién dirije esos poderes ocultos, que cuando ellos cruzan por el espacio, el hombre orgulloso se vé precisado á tocar con su frente el polvo de la tierra?

¡Misterio! ¡Misterios insondables que ni el racionalista, ni el materialista, ni tantos y tantos filósofos que profesan los mil sistemas de las modernas escuelas, podrán nunca profundizar, jamás podrán resolver!

Límite impenetrable de la razon humana, delante del cual se detienen perplejos, aterrados, los sábios de todos los siglos, obligados á postrarse de rodillas, y exclamar como Galileo: *e pur si muove*. Se mue-

ve, sí, á pesar del testimonio de nuestros sentidos, apesar del testimonio de nuestra razon, se mueve el alma inmortal que habita dentro de nosotros mismos, que reconoce y adora la presencia de Dios en todas partes, que aun á su despecho, levanta sin cesar los ojos al cielo, en donde presiente que se hallan los senderos de su pátria....

Por esto el cristiano, que está más cerca de Dios, cuando pasa la tempestad rugiendo, cuando divisa el callado espectro de la muerte, inclina la frente resignada y ora.

Pero espíritu y materia, luz y sombra, no llega á esta sublime conformidad sin increibles esfuerzos, sin espantosas luchas.

¡Ay, pobre, pobre madre, que tan feliz, que tan orgullosa recorrias los cláustros de la universidad, apoyada en el brazo de tu único hijo, y ahora velas á la cabecera de su lecho, en el oscuro tristísimo aposento, en donde solo se oye el estertor que seña-la su agonía!... ¡Ay, pobre, pobre madre!

¿Quién seria capaz de describir la multitud de negras ideas que se agolpan á su mente, el torbellino de encontradas pasiones, que cual las olas del irritado Océano, suben á inundar su corazon y amenazan destrozarle?

No; no tiene palabras el lenguaje humano para

pintar estos dolores, y su sola existencia prueba que el hombre, á quien están únicamente reservados, es hijo de Dios y su alma inmensa como el espacio, pues basta á contenerlos.

¡Ah, no hableis á esa triste madre de la Vírgen Madre dolorosa, teniendo sobre su regazo el cuerpo ensangrentado de su hijo; no la hableis del Salvador del mundo, pendiente de una cruz y coronado de espinas; no la hableis de nada que no sea relativo al adorado enfermo.... El cielo y la tierra están reconcentrados para ella en aquel sér que se lamenta; la única luz que divisa en torno suyo, es la luz vacilante que despiden aquellos ojos, ya cási apagados por la mano helada de la muerte. No hay conformidad para ella; no hay consuelo: solo hay desesperacion sombría y desgarradora.... Su alma se retuerce dentro de sus entrañas; la infeliz quisiera morir, quisiera enloquecer, para huir de aquel infierno en que se agita! ¡Oh, sí, dejadla sufrir, dejadla llorar; Dios ha creado el dolor que purifica y el llanto que redime!...

¿Pero será cierto, será posible que el cisne pliegue sus álas, y se recueste para siempre en la florida orilla del lago, sobre cuyas puras aguas flotaba con tanta viveza y gracia? ¿Será posible que la explêndida corona de laurel se haya convertido tan

pronto en corona de fúnebres cipreses? ¿Es que Dios quiere llevarse la gota de agua, pura, trasparente, para que vuelva á caer sobre la tierra trasformada en gota de rocío?

Ved ahí al gallardo jóven que atrajo todas las miradas en el paraninfo de la Universidad, con las mejillas pálidas, los ojos hundidos, la frente sudorosa...

Aquella voz que sojuzgaba todos los corazones, haciendo vibrar sus fibras más delicadas, solo tiene inarticulados y roncos quejidos; aquellos ojos que despedian un brillo tan intenso, están apagados y vidriosos...

Á su lado se halla la madre desolada, á su lado se halla el ilustre sacerdote, su sábio mentor, su amigo, su segundo padre, y él, tan amante y respetuoso, no vé á la una, ni se apercibe de la presencia del otro.

El sacerdote acaba de entrar en el aposento turbado y conmovido...

—El ciego está ahí, dice en voz baja. ¡Quién sabe si entrase, si le viese! ¡Ha deseado tanto verle!... ¡Quién sabe si la alegría y la emocion producirian en él algun cambio favorable!

—Crées tú que se muera? dice la madre absorta en una sola y exclusiva idea.

¡Es tan jóven, tan robusto!

El sacerdote inclina la cabeza sobre el pecho. ¡Ha visto tantas encinas derribadas por el rayo! ¡Ha visto tantas endebles cañas enderezarse despues de la tormenta!

La madre no aguarda su respuesta: piensa en buscar algun médico famoso, aunque habite lejanas tierras: pondria á merced de ese médico toda su fortuna: piensa en hacer algun voto solemne, concitando así el poder del cielo y de la tierra en favor de su hijo.

El sacerdote hace entrar al ciego. ¡Quiere que al ménos se cumpla el último deseo del moribundo!

El ciego aparece seguido del perro, que ya no quiere abandonarle un solo instante; pero no hay cuidado de que turbe el silencio que reina en la estancia, pues se desliza como una sombra á lo largo de las paredes.

—Mira, dice el sacerdote al ciego, canta en voz muy baja aquella cancion que él te enseñó: tal vez recobre el conocimiento.

El ciego canta, y á su voz se extremecen á la par la madre y el hijo.

Este abre los ojos, mira en torno de sí, tiende los brazos...

—¿Eres tú?... murmura. ¿Eres tú, alma hermana

de la mia?... ¿Vienes tal vez á buscarme para que vayamos juntos al paraiso?

¡Ah, que su hijo habla! ¡Ah, que su hijo vé!... ¡Vé á un extraño y no la ve á ella que es su madre! ¡Qué cúmulo de encontrados sentimientos combaten el alma de la desventurada!...

Se abalanza al lecho de su hijo, se precipita en aquellos brazos abiertos para recibir á otro...

—¡Soy yo!... ¡Soy tu madre!... clama. ¡Háblame! ¡Mírame!...

—¡Madre mia de mi vida!... balbucea débilmente el moribundo; ¡madre mia adorada!...

Y la estrecha contra su corazon, y la cubre de lágrimas y besos.

Luego busca en torno de sí. y se ampara con efusion de la mano del sacerdote.

—¡Dios os bendiga! murmura; ¡cuánto os amo!... Pero me voy, conozco que me voy. . ¡Mis libros, mis papeles!... ¡Tengo tantas obras pensadas que ya no podré concluir!... ¡Padre mio, Padre mio, hágase tu santa voluntad, así en la tierra como en los cielos!...

Y sus brazos se aflojan, y su voz se extingue...

¡Angeles del dolor, tended, tended vuestros fúnebres crespones para ocultar la escena de desesperacion y llanto que se representó entónces en aquella estancia!

Pero entre los gritos, sollozos y lamentos, resuena una voz pura y argentina: es la voz del ciego, que con sublime uncion, repite: *¡Hágase, Dios mio, tu voluntad, así en la tierra como en los cielos!*

LA CASA DE LOS POBRES.

Han pasado algunos años desde aquel tristísimo momento. No olvidan al jóven poeta los vates nacionales y extranjeros que leen y releen con creciente afan, con creciente asombro sus obras inmortales. La fama las ha consagrado ya, inscribiendo el nombre del poeta en su glorioso templo.

¿Qué importa que haya muerto?

Para lo que otros han necesitado una vida entera de estudios y desvelos, á él le ha bastado el breve espacio de quince años. Ha hecho como los labradores diligentes, que se han levantado con el alba, y á media mañana, recogidas ya las mieses, se han retirado á descansar á la sombra de los árboles.

Ha escrito lo bastante para que su nombre pase á las generaciones futuras y viva tanto como vivirán los hombres. De su tumba, estimulados por su ejemplo, brotarán acaso millares de vates, millares de sábios, que llevarán á todas partes la luz, que esparcirán el bien por todas partes.

Si su mision se habia terminado, ¿por qué no habia de volver á reposar á su pátria, que es el cielo?

El sol brilla periódica, pero constantemente, sobre nuestro horizonte; los meteóros iluminan la tierra con un brillo inusitado, pero desaparecen pronto. Solo el que cuenta las estrellas del cielo y las arenas del desierto, puede saber por qué brilla el sol constantemente, por qué brilla y se aleja el meteóro luminoso.

Pero, ¿qué se han hecho entre tanto la afligida madre, el ilustre sacerdote, el pobrecito ciego?

Si vais al barrio de Salamanca, vosotros los que leais esta sencilla historia, vereis una deliciosa casa nuevamente construida, situada entre dos jardines que la prestan grata sombra.

Sobre el ancho portalcn están escritas con letras de oro estas palabras:

CASA DE LOS NIÑOS POBRES.

Franca está siempre la entrada, y si penetrais en el vestíbulo, hallareis á la derecha una anchurosa sala llena de camitas, en donde yacen los niños enfermos Cada cama tiene á su cabecera un letrero que expresa el nombre del niño rico que la ha tomado á su cargo y cuida de sostenerla; á la izquierda, otra sala igual sirve de escuela, en donde los párvulos reciben la primera enseñanza; en el centro

un pátio bañado por el sol, en donde los convalecientes se entregan á sus alegres juegos.

En el primer departamento vela una anciana bondadosa, en cuyo rostro se retratan la dulzura y la paciencia, en cuyos lábios siempre vaga una benévola sonrisa.

Es Mariana, la viuda sin recursos que dió un beso por limosna; en el pátio, preside los ruidosos juegos una agraciada y robusta jovencilla: es la hija mayor de Teresa, que desde el cielo verá cómo Dios sabe premiar las buenas obras.

En la escuela, sobre un alto estrado, está sentado Jesus, que dirige á los niños su dulce palabra llena de uncion y de ternura.

El maestro que les enseña es Estéban, es el lobo que se ha dejado dominar por la tímida ovejuela. Por una de esas coincidencias, más comunes en la vida real que en la novela, la hermana de Estéban es la jóven compasiva que dió á Jesus una rosa perfumada.

Al lado de éste, y gravemente sentado sobre sus patas traseras, está D. Juan, más gordo, más pesado que ántes; pero tambien más sério y reflexivo. Como cuida el perro del pastor al tímido rebaño, así cuida él de aquellos tiernos pequeñuelos, gruñendo si se distraen ó hablan, haciéndoles mil fiestas si son buenos y estudiosos.

Los conoce á todos, los ama á todos; si falta alguno va á buscarle á su casa; si está enfermo alguno, se situa al lado de su cama para hacerle compañía.

Aquel establecimiento modelo es á la vez hospitalito, escuela y casa de correccion.

Pero, ¿cómo ha podido el humilde, el débil Jesus, aquel á quien las gentes miraban con tanto menosprecio, diciendo: *¿para qué ha nacido esto, para qué sirve esto?* ¿cómo ha podido realizar semejante maravilla? El contrahecho, el ciego, el inútil, en fin, se ha convertido en bienhechor de los mismos que le despreciaban, sirviendo de amparo á sus hijos, fundando un piadoso asilo destinado á ser el refugio de los hijos de sus hijos.

Bien decia él qué la fé puede levantar los montes y trasportarlos de un lado á otro; bien decia él, que una sola gota de agua puede taladrar una roca si cae sobre ella incesantemente.

Con la fé, con la constancia; habia hecho todo aquello. Habia sabido llamar á las puertas de los nobles corazones, habia sabido hacer que se fijasen en su idea las inteligencias elevadas; habia puesto á contribucion algo á la vanidad, mucho al amor, habia recogido el óbolo de los grandes y los pequeños, recorriendo dia y noche las calles de Madrid, defendiendo con infatigable ardor la santa causa de los niños.

Su sueño se habia realizado, su aspiracion se habia cumplido.

Si la gota de agua cristalina, nacida en las altas cumbres y tornasolada por los rayos del sol, habia subido al cielo para volver convertida en perla de rocío, la humilde gota de agua, hija de las cataratas subterráneas, proseguia su misteriosa filtracion entre las tinieblas, para fecundar del mismo modo el seno de la tierra.

Ambas en su peregrinacion se habian combinado, formando un enlace místico y completando la obra maravillosa del Arbitro supremo.

Por lo demás, Jesus era feliz: vivia reclinado en el seno de Mariana, apoyado en Estéban y los hijos de Teresa, rodeado de aquellos pequeñuelos que cuando cantaban sus oraciones de mañana y tarde le recordaban los ángeles que moran en el paraiso.

Sin embargo, al declinar el dia, cuando los niños se iban á jugar, cogia á tientas un ramo de flores de su jardin, y guiado por D. Juan, se dirigia al cementerio, en donde reposaban los mortales restos de su amigo.

Nunca olvidaba aquel piadoso deber, nunca dejaba de llevar aquel consuelo á su amorosa madre.

¡Ah! no me pregunteis si el dolor de ésta se habia mitigado. El dolor en el alma de una madre se re-

nueva sin cesar, como se renuevan sin cesar las hojas verdes de los árboles.

Jesus cuando llega al sagrado recinto, deposita su ofrenda sobre el mausoleo, rodeado de flores cultivadas por ella misma, y sentándose á su lado la habla de su querido difunto.

—¡Ay! dice ella á veces, ¿quién cuidará de estas flores cuando nosotros no existamos?

—Deje V., responde apresuradamente Jesus; dejeusted que estas flores pasajeras se marchiten, que vivirán eternamente las flores esparcidas por su virtud y su talento.

A veces Jesus la recita los trozos mejores de las obras de su amigo, que sabe de memoria, y las lágrimas de entrambos se confunden.

Pero cuando llega la noche con su cortejo de estrellas, cuando es preciso retirarse, ámbos levantan las manos hácia la bóveda azul, y repiten con dulce y fervoroso acento: *Hágase, Dios mio, tu santa voluntad, así en la tierra como en los cielos.*

Y ahora, fuentecillas canoras, parleras avecillas, brisas perfumadas, repetid, repetid estas bellísimas palabras en vuestro místico lenguaje, y quizás.... ¡quizás halle reposo la madre desolada!...

FIN.